

BLANCA VARELA



Canto villano

Poesía reunida, 1949-1994



Lectulandia

En esta tercera edición de *Canto villano. Poesía reunida*, 1949-1994, de Blanca Varela, se incluyen los poemarios *Ese puerto existe* (1949-1959), *Luz de día* (1960-1963), *Valses y otras falsas confesiones* (1964-1971), *Canto villano* (1972-1978), *Ejercicios materiales* (1978-1993), *El libro de barro* (1993-1994). Además, esta edición cuenta con una carta inédita del poeta peruano Emilio Adolfo Westphalen dirigida a Blanca Varela, encontrada entre los archivos de la poeta. También, el lector hallará textos introductorios canónicos sobre la poesía de Blanca Varela, escritos por los críticos y ensayistas Adolfo Castañón y Roberto Paoli. El volumen cierra con dos epílogos a cargo del sociólogo Gonzalo Portocarrero y la poeta Ethel Barja.

Blanca Varela

Canto villano

Poesía reunida, 1949-1994

ePub r1.0

Titivillus 12.05.2023

Blanca Varela, 1996

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Blanca - agradeciendo su CANTO VILHANO

No temas a las palabras. No se si te ^{llevar} dejas por ellas o las tienes bajo tu dominio. En todo caso - tienes la sangre fría de hacer un juego al bord del precipicio - de arrojarnos por tu valor al dar el salto mortal y burlarte del ser o de la nada con leve gesto de los hombros o los labios.

Triunfo total cada poema - gracias quizás a la corriente verbal impetuosa y libre - o a tu magnífico desplante frente a ellas y a lo que ella representa (la invidiada saber todo perdible en la vida - aun las mismas imágenes con que nos soñamos vivos) y triunfo total que renace con cada poema en su singularidad insolente y en la fuerza del gesto y su irradiación.

Es tal la tensión - el vigor - la seguridad del enunciado - arrebatan tan por entero los poemas - que no me es posible leerlos en continuidad sino únicamente en la ocasión propicia - una cada vez - para dejar que reprenen la vibración en todos los extremos de su ámbito y quede uno preso o libre por obra de su hechizo.

(L.A.)

Limer - nov. 86.

A Blanca — agradeciendo su CANTO VILLANO^[*]

No temas a las palabras. No sé si te dejas llevar por ellas o las tienes bajo tu dominio. En todo caso —tienes la sangre fría de hacer su juego al borde del precipicio— de asombrarnos por tu valor al dar el salto mortal y burlarte del ser o de la nada con leve gesto de los hombros o de los labios.

Triunfo total cada poema —gracias quizás a la corriente verbal impetuosa y libre— o a tu magnífico desplante frente a ella y a lo que ella representa (la insidia de saber todo perdible en la vida —aun las mismas imágenes en que nos soñamos vivos) y triunfo total que renace con cada poema en su singularidad insolente y en la justeza del gesto y su irradiación.

Es tal la tensión —el vigor— la seguridad del enunciado —arrebatan tan por enteros los poemas— que no me es posible leerlos en continuidad sino únicamente en la ocasión propicia —uno cada vez— para dejar que resuene la vibración en todos los extremos de su ámbito y quede uno preso o libre por obra de su hechizo.

e. a.

Lima – nov. 86

UNA VISIÓN LÚCIDA Y DESENCANTADA^[*]

ROBERTO PAOLI

Ligada a la poesía del 40, aunque cronológicamente coetánea de la generación subsiguiente, Blanca Varela se forma en un clima parasurrealista, igual que sus compañeros de grupo: Javier Sologuren, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy. Pero, en su desarrollo, no ha seguido en modo alguno la pauta de ellos o de otros poetas que hoy figuran en sus inmediaciones en historias y antologías de la poesía peruana. Ante todo, fiel a su personal excavación, a su rigor ético que es, a la vez, una suerte de ascetismo estético, se ha negado tanto a ensayar nuevas experiencias formales como a aceptar los códigos de la no-significación, pues su poesía, a pesar de las apariencias, es y quiere ser una poesía comunicativa. Tal comunicatividad, sin embargo, obedece totalmente a una incitación interior, sin que la autora deba reprocharse, en su ya extensa trayectoria, un solo instante de aflojamiento y sometimiento a palabras de orden que le vinieran de afuera.

Dar con el medio justo para acercarse a la poesía de Blanca Varela significa no solo evidenciar lo que la estética (comunicativa, pero no efusiva) de la autora ha puesto en sus poemas, sino pensar también en lo que se ha negado a poner. Provistos de este enfoque, llegamos a captar algo así como una teoría subyacente, según la cual puede conseguirse un efecto estético con el mínimo de recursos estéticos. Es lo que acontece, en efecto, en estas confesiones que, inmediatamente, a partir del título del libro central, están tildadas de «falsas», y en este canto, que sin ambages se autodefine «villano». ¿Por qué falsas y por qué villano? Porque las confesiones siempre son falsas, ya que inevitablemente nos escondemos cuando nos confesamos, y el canto, brusco, áspero, rebelde, es también infiel, desleal con lo que debe cantar: así que *villano* viene a ser sinónimo y variante de *falso* (no sólo su negación, como podría parecer en un principio). La autora está lúcidamente consciente de esta condición ineludible de la palabra, que pretende ser confesión y canto, pero que solo es enmascaramiento artificioso, falso y villano. Y a pesar de este límite metafísico, aun sabiendo que es una batalla perdida antes de

empezar (los títulos «... falsas confesiones» y «canto villano» son señales de una íntima, aunque condicionada, rendición), ella contrapone a la naturaleza inexcusable del discurso humano su arisca desnudez expresiva, que es la manifestación sensible de su poética y de su ética de la negación de lo falso.

Lo cual, además, explica que, mientras la mayoría de los poetas suelen variar, transformar, enriquecer, a veces hasta la hipertrofia, sus temas y su estilo, nuestra autora recomienza en cada poema siempre una misma situación fundamental, infinita, inagotable, con mínimos desplazamientos, firmemente solidaria con una idea de la expresión que estaba toda contenida en su cronológicamente ya lejano libro de poemas *Ese puerto existe...* Autobiografía, pues, siempre, pero no sin trabas y conflictos, por serle ajena, especialmente en los primeros libros de poemas, la confesión directa, abierta, «descarada», patética. Por eso lo autobiográfico a veces se objetiva y se envuelve en correlativos, a partir de aquel sorprendente yo lírico masculino («Las cosas que digo son ciertas», «Los pasos»), sobre el cual llamó ya la atención Octavio Paz, quien además citó certeramente la lección de Luis Cernuda.

¿Hay temas, hay formas en la poesía de Blanca Varela? ¿U ocurre, más bien, que la autora consiga sus constantes temáticas y formales en su vigilante rechazo de una elaboración artificiosa de los contenidos y de las formas? Creo que todo lo que puede decirse de esta realidad verbal es que está supeditada a una voluntad de adherirse directamente a la conciencia, fuera —en lo posible— de todo tema y de toda forma, aunque tal empresa resulte impracticable.

Si intentamos una descripción o, por lo menos, un reconocimiento de las invariantes (operación analítica que en el caso de Blanca Varela es más difícil que de costumbre), nos encontramos con una nómina de sinónimos, tan unitaria y poco desmontable resulta ser esta visión. Pero vale la pena aventurarse, a partir de «Puerto Supe» y del paisaje de la adolescencia, en cuya soledad y ardiente sequedad, casi abstracta, vemos, como ocurre en Santa Teresa o en Unamuno, la primera homología y metáfora de la escritura de la autora: paisaje místico y escritura mística, dura, balbuciente, negativa, con momentos de arrebató («Vals»). En ese renegar de lo sensual, incluso de lo sensorial, Blanca Varela patentiza una clara raíz ascético-mística (aunque no religiosa *stricto sensu*), una búsqueda, a través y más allá de los fragmentos del mundo fenoménico, en la oscura noche del ser («No estar»).

El hombre es un desconocido. En el ámbito en ruinas, casi rigurosamente en blanco y negro, hay presencias fantasmales. Hay un fantasma querido que recurre en estos poemas de soledad y de secreto: no sabemos si es el fantasma

de un hombre, menos aún si es fantasma de un hombre real o solo un fantasma fantaseado («Nadie sabe mis cosas»). Más claro parece el motivo de la maternidad («Antes del día», «Madonna», «Fútbol»), aunque, como era de esperarse, sin ninguna complacencia sentimental. La enucleación de este motivo, al fin y al cabo banalmente didáctica y rebajadora del superior abstractismo de la poesía vareliana, servirá al menos para señalar la composición «Casa de cuervos», un poema de tensa y, a la vez, contenida emoción, sin duda uno de los logros mayores de la poesía peruana contemporánea.

La dificultad de enuclear temas es corolario de la capacidad, que ya hemos señalado, de reducir la complejidad de los elementos de un paisaje casi a la abstracción de una cifra («Frente al Pacífico») y, al mismo tiempo, de hacer emerger a flote de lo verbal solo ciertos profundos predicados en el movimiento de una idea. Las frases nominales son un componente de la sintaxis vareliana que salta inmediatamente a la vista. Junto con las secuencias inventariales forman como los atisbos de un hiperuranio «caótico» poswhitmaniano, de esencias despojadas de lo sensible. En efecto, la poesía de Blanca Varela es de esencias y símbolos que nunca componen un cuadro figurativo, de puros arquetipos que, sin embargo, en la página, en la sucesión verbal, se comprometen con el desorden, con el absurdo, con la desesperación, y están cargados de un tenaz acento vital. En esta escritura toda frase tiene una gran plenitud expresiva, seca y austera, que exige un *tempo* lento de lectura, una oportuna valorización del ritmo y de las pausas para que las palabras puedan liberar su poder comunicativo en la mente del receptor.

En la crisis del lenguaje poético contemporáneo observamos que hay poetas que rompen los discos de contención de la verbalidad; otros que, en cambio, tratan de reducir la expansión física del discurso verbal. A esta segunda categoría pertenece por derecho la expresividad de Blanca Varela. Claro está que la distinción es puramente fenomenológica y no supone jerarquización alguna. «Hiperverbales» e «hipoverbales» tienen las mismas probabilidades de acertar o desacertar en sus realizaciones expresivas.

Ya en poemas como «Carta», «Fuente», «El observador», de su primer libro, se abre camino la tendencia a una expresión «corta en palabras». «Fuente» ya es un poema típico vareliano, de insoportable intensidad, hecho de frases lacónicas que encierran (y liberan) una gran energía. La braquilogía de la autora (véase, además, toda la sección «Destiempo») es pudor, recato, desconfianza en «la gran mentira» del arte, en el artificio del arte, en el arte

del arte (al fin y al cabo), aunque no en la palabra. Confía, en cambio, en los halos de silencio con que circunvala sus versos, frecuentemente esticomícticos, esquivos del melódico, acariciante, sensual encabalgamiento. Un discurso tan tupido de pausas secas, sujetado por una asidua puntuación, bruscamente aforístico o gnómico, entrecortado, casi a veces sollozante, puede indudablemente desconcertar. Pocas veces se ha visto un mayor autocontrol, casi lindante en el autocastigo y en evidente choque con la libertad surrealista de la que, no obstante, esta escritura es hija. Pero aquí tocamos el punto decisivo del fenómeno poético de Blanca Varela: lo que más atrae es la renuncia a la exterioridad de los atractivos.

Incluso el instrumental retórico actúa, en la mayoría de los casos, sin ostentación alguna, casi en lo invisible. En *Canto villano* habrá excepciones, de acuerdo con la mayor inquietud expresiva propia de ese libro. Pero la estética de la autora se mantiene siempre esencialmente austera, enemiga del más débil asomo de efectismo, siendo manifestación irrenunciable de un rigor ético, antes que otra cosa. De ahí, el rechazo simbólico de la rosa que «es la detestable perfección / de lo efímero / infesta la poesía / con su arcaico perfume» («A rose is a rose»). De ahí mismo que su brevedad, a veces abstracta y conceptual, no sea de estirpe conceptista (aunque puede haber algunos recursos conceptistas), sino llanamente enunciativa. Toda la crítica ha captado, expresándola de distintas maneras, esa seducción formal que deriva de un retrainimiento, esa fuerza que se origina en la medida. Octavio Paz asentó, proféticamente, que Blanca Varela «no se complace en sus hallazgos ni se embriaga con su canto. Con el instinto del verdadero poeta, sabe callarse a tiempo». Abelardo Oquendo observó (con una feliz imagen que parece sacada del contexto vareliano) que «esta poesía se alimenta de pérdidas, es una chispa que brota del choque de dos manos por coger una chispa». Y Julio Ortega, de refuerzo, ha añadido que nos sentimos amargamente impotentes frente a una poesía «que no rinde sus encuentros, que no accede al diálogo, y que, indefectiblemente, aparece y huye».

Sin embargo, no se crea que la autora no transija algunas veces con una forma diversamente adherente a su fuego interior. Al contrario. La ordinaria continencia verbal da lugar, por motivos (diría) fisiológicos de compensación, a momentos de expansión que pueden reconocerse en algunas de las composiciones más largas y logradas, como «Vals», «Valses», «Monsieur Monod no sabe cantar», «Casa de cuervos». En ellas (especialmente en la titulada tras el biólogo Jacques Monod, cuyo divulgado libro *Le hasard et la nécessité* provoca la apasionada reacción quevedesca de la autora: «porque

ácido ribonucleico somos / pero ácido ribonucleico enamorado siempre») nos encontramos frecuentemente con un *continuum* sin puntuación que se aleja de la dicción seca y corta, brusca y aparentemente impasible, que reconocíamos como la nota más característica de su expresión. La condensación, huesuda y lacerante, casi intolerable de tan intensa, de poemas como «Canto villano», cede a un grado mayor de patetismo. El poema «Valses» es un buen ejemplo de la pasión vareliana ligada al recuerdo, más abierta y descifrable, no avara en palabras ni en cadencias, y, sin embargo, refrenada en su canto por fragmentos prosísticos intercalados, por citas de viejos valsos populares, que tienen la función de interrumpir y templar lo emotivo. Este poema está dedicado, con doble posibilidad de lectura, a Lima o la madre: la madre, en efecto, limeñísima, fue en el pasado una conocida compositora de valsos y autora de textos criollos, así que las dos imágenes, la materna y la de la ciudad natal, pueden muy bien superponerse en la mente de la autora.

En todo caso, en una visión tan lúcida y desencantada como la que nos propone esta poesía, no hay lugar para prodigios y magias. En cualquier momento la realidad es inmutable y el mundo está sordo a nuestro llamado:

No importa la hora ni el día
se cierran los ojos
se dan tres golpes con el
pie en el suelo
se abren los ojos
y todo sigue exactamente igual
(«Poderes mágicos»)

La misma espantosa lucidez, acompañada de profunda lástima, pero sin ninguna señal manifiesta de inútil emoción, se halla en este amargo, existencial «Curriculum vitae»:

digamos que ganaste la carrera
y que el premio
era otra carrera
que no bebiste el vino de la victoria
sino tu propia sal
que jamás escuchaste vítores
sino ladridos de perros
y que tu sombra

tu propia sombra
fue tu única
y desleal competidora

La de Blanca Varela es una búsqueda, pero ya de antemano actúa una aceptación dolorosa de la realidad y de su límite metafísico, una invitación estoica, dirigida tanto al tú de todos como a sí misma, a no alimentarse de pueriles quimeras (véase el muy significativo «Auvers-sur-Oise»). La actitud estética o religiosa frente a una realidad y a una soledad tan irreductibles cede frecuentemente al sarcasmo («y te rendimos diosa / el gran homenaje / el mayor asombro / el bostezo», [«A la realidad»]), al humor negro («Noche», «Flores para el oído», etc.). En «Último poema de junio» el poema se autodestruye a medida que se construye. Especialmente en los poemas más recientes se afianza este aspecto que, por otro lado, ha sido constante en la trayectoria de la autora: la lucidez frente a una realidad que no nos satisface y nos hastía por baja, por desleal, por indigna. Diré con Alberto Escobar que esta poesía «posee el difícil mérito de sublimar en creación poética un rostro trivial que nos agobia». Y agregaré que la sublimación vareliana tiene, a su vez, otro mérito, aún más difícil: el de transmitir ese rostro oprimente por el camino de una nueva relación con las cosas, impertinente, desenmascaradora, precavida contra las trampas del lenguaje, «antipoética» y, a la vez, antiexperimental, buscadora infatigable de un pedacito de autenticidad verbal que no haya sido sofocado todavía.

BLANCA VARELA: LA PIEDAD INCANDESCENTE^[*]

ADOLFO CASTAÑÓN

En un universo de masas donde al alma del hombre la disputan, por un lado el mercado y por el otro el templo, los políticos mercadólogos y publicistas, o los sacerdotes y adeptos de este o aquel fundamentalismo, la posibilidad de una *tercera vía* espiritual y política es vista con explicable suspicacia. La literatura y la poesía que no desembocan en el consumo o en la comunión, en la moda o en la misa, no parecen tener sitio. Como el suicida y el réprobo en otra edad, la poesía solo tiene derecho, cuando lo tiene, a una puerta estrecha, casi clandestina en la periferia del panteón. En un terreno indeciso entre la profecía y la representación, entre la filosofía y la ficción, el arte y la psicología, el ministerio de la poesía se ejerce en la intemperie, al desnudo, y desnudar, purificar, limpiar el lenguaje de adornos y herramientas, usos e intereses creados es, parece ser, su misión, cuando no le basta la más secreta de dar cuenta de la vida espiritual a través de la voz. Aunque, de hecho, no se concibe una sin la otra. En países como los latinoamericanos donde el mercado ideológico se define en función de las diversas telenovelas nacionales y políticas, el comercio simbólico se impregna de un alto grado de politización. Los sistemas de inmunidad espiritual que debe desarrollar el poeta para no caer víctima de esta o aquella epidemia demagógica deben ser vigorosos por muchas razones, pero sobre todo porque las fiebres narcisistas se transforman naturalmente en delirios pedagógicos y estos en irreversibles canonizaciones. Ese es sin duda uno de los motivos por los cuales la poesía goza en América Latina de una engañosa, equívoca buena salud. ¿Cuánto tiempo puede obstinarse un poeta en practicar con rigor la tercera vía sin naufragar en esos escollos? ¿Dónde, cómo practicar ese camino intermedio? No por desenvolverse entre dos desiertos esa senda dejará de seguir un desfiladero y, muchas veces, se ocultará como un río subterráneo. Si lo que está en juego es la salud —la salvación pero también la plenitud, la redención del sentido pero también el buen humor—, tendrá que hablarse de equilibrio

pues solo desde una inalterable ecuanimidad, desde una luz impasible podrá el poeta abrir su lengua, sembrar su corazón en el mundo^[1].

No es un azar que la poesía y la pintura hayan caminado juntas durante esa edad de inversión del positivismo llamado vanguardia. Compartían un destino y un espacio: Picasso el aprendiz de poeta, discípulo de Max Jacob, el poeta aprendiz de pintor. Los pintores hicieron mucha literatura —a veces mala—. Los escritores a su vez se inspiraron en los pintores. En particular habría que destacar, dentro de las vanguardias, familias estéticas que compartirían valores y aprendizajes más allá de los géneros, con la pluma o con el pincel. Un ejemplo de esos consanguíneos vínculos en la literatura latinoamericana es Blanca Varela (Lima, 1926), cuya trayectoria poética se inicia en 1939, en la figura generacional que constela a Javier Sologuren, Sebastián Salazar Bondy y Jorge Eduardo Eielson^[2].

Existe en la lírica hispanoamericana un desfase singular. No todos los poemas escritos en el siglo xx son verdaderamente de su época. Nos hemos levantado tarde y traemos en el crepúsculo ánimos de mediodía. Con los de la primera mitad del siglo asistimos a un modernismo trasnochado. Naranjas de invierno. Más tarde, los poetas practicarán la danza surrealista mucho tiempo después de que la música haya concluido. Se diría leyendo buena parte de la poesía hispanoamericana del siglo xx, que Latinoamérica no conoció la guerra sino una dorada época de abundancia. Tardará mucho en llegar para nosotros la travesía del desierto, ese saludable ayuno que, después de las grandes bacanales pedagógicas y propagandísticas, después del carnaval y de la ebriedad, temple a la poesía europea de la primera postguerra. La austeridad, la aridez, la pobreza y la desnudez que marcan la tarea poética de Montale, Ungaretti, Auden o Char tardarán en llegar al continente hispanoamericano. Está, desde luego en el origen, César Vallejo y, detrás del ahumado fulgor, se observará en la poesía de Lezama un proceso de condensación, líneas de necesidad y justicia poéticas en la fragua de la metáfora. Para no perderse en ciertas selvas elocuentes de Neruda, Cardoza, Gerbasi, Asturias, Scorza, habrá que redescubrir a Ramos Sucre y a Borges, a Gorostiza y a Villaurrutia, a Rojas y a Diego, al Paz de *Salamandra* y *Ladera Este*. No pocos poetas hispanoamericanos se fueron con la finta de la abundancia y le buscaron un tamaño continental, mesiánico a su esperanza —se lo siguen buscando como indicaría el agrandado *Cántico* de Cardenal o los extensos torrentes de ciertos mexicanos legendarios—. Incluso ha habido quienes han hecho de la desnudez una retórica y de la pobreza una ostentación —poetas que, como ciertos fotógrafos, exaltan la miseria con sofisticadas

lentes—. No abundan en este paisaje los poetas hispanoamericanos que han sabido alcanzar en la desnudez una plenitud, en la severidad seminal riqueza, son pocos los que, como saxífragas, han sabido florecer en el pedregal. Mencionaremos tres: el español José Ángel Valente, el mexicano Gabriel Zaid, la peruana Blanca Varela.

No son pocas las fuentes artísticas de Blanca Varela que hay que buscar en la pintura y en la escultura y, para algún lector radical, ella es a la poesía hispanoamericana lo que Brancusi para el arte europeo: explorador que se adelanta despojándose de todo accesorio, aventajado discípulo que se aparta de los maestros como el árbol que busca madurar impone la distancia, incandescencia sin chisporroteo, la elegancia, la austeridad como destino. Originalmente próxima a poetas como el nicaragüense Carlos Martínez Rivas o el mexicano Octavio Paz, Blanca Varela ahonda su propia búsqueda ética y poética en el curso de una obra mineral, escrita, tallada en los huesos, labrada más allá de la piel anecdótica y de fácil jaspeado asociativo. Acaso podría hablarse de viaje —un itinerario de la transgresión vuelta palabra, pacto verbal—, pero no hay cautela, ascenso sino descenso, carrera contra la sombra y la muerte que se cumple y gana en el cambio de ritmos: el contrapunto como única salida.

Buscando, más allá de los huesos, el polvo y, más allá de la ceniza, el barro. Consumando el oficio poético como un mester de ávida materialización y continua llamada al orden de una sobriedad gozosa. *Ejercicios materiales* para que la palabra no se disipe ni se la lleve el viento de la historia literaria ni se haga humo después de la vanguardia. Ejercicios de encarnación y concreción de una materia originaria que será capaz de atravesar los sueños y las palabras, de resistir la marea. Prácticas de la materia y con ella para encauzar la comunicación del ser que va a morir con su propia muerte y celebrar en la ley de la palabra las nupcias de la raíz con la semilla y del germen en la tierra. La densidad de estos versos llama la atención así por su secreta turbulencia como por su agilidad para elevarse y caer en el estricto marco de un espacio mínimo.

Pozo y semilla, limpidez del carbón torturado hasta el diamante, la poesía de Blanca Varela plantea en cada poema un sobresalto y una reconciliación, una carga y un alivio que solo se cumplirá en la re-lectura, en la memoria del lector que se ha entrenado a cerrar los ojos y a seguir el laberinto viviéndolo, por así decir, con todo el cuerpo. El poema se da así menos como un hecho que como un acto, un ejercicio suspensivo y al cual hace falta la sombra de la lectura, la inteligente penumbra que auspicia la recreación. Por eso no bastaría

decir que la poesía de Blanca Varela es en alguna forma moderna. Su actualidad crítica es también futura, sus lectores están por nacer, y en ella se inventa una literatura hispanoamericana a la vez milagrosa y secreta y que, como un río subterráneo, crea grutas y pasadizos, pacientes estalactitas de una imprevista elegancia milenaria. En el filo de la navaja, entre el silencio y la palabra, al borde del precipicio indecible o de la ruptura irreparable, la poesía de Blanca Varela se da como una guerra secreta o una cirugía desesperada y sus testigos, autoinmolación y sacrificio, donde lo que se salva y se juega es el sentido. Casi no habría fórmulas para saludarla si no las provenientes de las artes plásticas o la de cierta poesía mineral como la de Celan: aérea y emotiva como una escultura de Brancusi, originaria y brutal como un Dubuffet, o la elocuencia lírica y sangrienta, amenazada por la locura como la de Francis Bacon, el autorretrato lírico y elegíaco de Blanca Varela se da como una operación a la par mágica y terapéutica, un rito que una vez iniciado no sabría concluir, pues la del despojamiento es acaso la única ceremonia que, aun después de la muerte, seguiremos realizando. Su poesía nos invita a *leer-nos* del otro lado del espejo y a celebrar bajo el firmamento de la palabra la danza nupcial con nuestra última sombra. Sobre la máscara, el doble y la ironía^[3].

En el principio fue el asombro, el doloroso estupor del naufragio. Esa extrañeza puede calificarse en el caso de Blanca Varela como radical. Extrañeza ante las raíces. También familiaridad, para percibir el contraste y la diferencia.

y que cada movimiento engendra dos criaturas
(«La lección»)

El poema se da en Blanca Varela como un diálogo, un puente entre la voz y su sombra, el personaje y sus muertos:

como una niña arrebatada y libre
jugando al escondite con su sombra
y con la sombra de todos
y con la muerte
(«Divertimento»)

Ese diálogo es una lucha encarnizada, un combate cuerpo a cuerpo con el lenguaje en el que el ojo creativo y el ojo creado se despojan del color y de la sombra, simplifican sus líneas produciendo una pureza, una originaria

desnudez. La identidad adquirida y convencional con todo el peso de sus referencias muertas es el adversario:

Un poema
como una batalla
me arroja en esta arena
sin más enemigo que yo

yo
y el gran aire de las palabras
(«Ejercicios»)

El combate es un juego incendiario donde lo que importa es:

que fabules tu historia tu cuerpo
a toda hora sin tregua
como una llama que a nada se parece
sino a una llama
(«Historia»)

Y, desde luego, importa también la duración, la extensión, la intensidad sostenida de ese fuego lúdico que se parece a la fe pero sobre todo a la desesperación. Una desesperación perdurable, metódica, no improvisada como la que se anuncia en el poema «Del orden de las cosas»:

una desesperación auténtica no se consigue
de la noche a la mañana. Hay quienes necesitan
toda una vida para obtenerla.

Es la vida, la vida interior, la capacidad de no morir en vida, de no perder ni la cabeza ni el corazón mientras se alienta. Poder, saber perderlo todo menos esa astilla incandescente:

y sin embargo cada mañana
invento el absurdo fulgor que me despierta
(«Es más veloz el tiempo»)

Aliento es mente, es corazón: está en juego la circulación, la nostalgia líquida y aérea de una conciencia que, a pesar de los cristales, no ha olvidado que la inteligencia es fluida, insumisa, ajena a género y medida. La desesperación traduce también la impaciencia de esa inteligencia devastadora que no deja de asombrarse de las palabras fatigadas, de la traición de los sabios, de la esterilidad del número y del verbo, y de convertir en boca de estupor la boca del bostezo:

—el hombre es un extraño animal.
(«Conversación con Simone Weil»)

Una inteligencia desesperada pero que no puede dejar de reconocer, bajo la insignificancia y la esterilidad de los nombres, la fuerza irresistible, incontenible del poema:

Arrástrate hasta el muro, escucha la música entre las
piedrecitas.
Llámalas siglos, huesos, cebollas.
Da lo mismo.
Las palabras, los nombres no tienen importancia
Escucha la música. Sólo la música.
(«Auvers-sur-Oise»)

No ignora que esa música lo es para cualquier sentido y que es la inaudita que cada cual lleva dentro, llámese Pedro o Van Gogh:

esa música loca que se escapa
de tu oreja desgarrada.
(«Auvers-sur-Oise»)

Una música que nace, por ejemplo, del choque, del contraste, la mezcla precisa de ternura y brutalidad, crueldad hacia sí mismo y vigorosa compasión resuelta a vencer la repugnancia, el asco. No sería posible esa música sin una lealtad radical a la desesperación de la inteligencia y a sus enseñanzas. La lección, por ejemplo, de la distancia:

y somos una forma que cambia con la luz
(«Máscara de algún dios»)

Pedagogía angular. No la luz ni la sombra sino la distancia, una política de la intimidad y la extrañeza, una ética de la perspectiva es tal vez una de las lecciones más fértiles que se pueden extraer de esta canción desencantada, rápida, de esta música intermitente que ha sabido reconocer en el desordenado rompecabezas de la poesía y de la pintura modernas un espejo para el cuerpo fracturado, el instrumento de precisión llamado a restituir el diálogo entre las voces rotas del coloquio ensimismado. De la comedia a la confesión. De la pesadilla al despertar. De la impaciencia a la desesperación pero siempre de regreso de la muerte:

como en las coplas de los ciegos
hay un relente obsecado de eternidad y miseria
(«Camino a Babel»)

y siguiendo la espiral de un ascenso que llama y materializa lo imposible, lo invoca y lo encarna buscando un antes originario e inaugural, un silencio anterior a toda inocencia, una palabra para deletrear lo indecible:

ayúdame mantra purísima
divinidad del esófago y el píloro

si golpeas infinitas veces tu cabeza
 contra lo imposible
eres el imposible
y el otro lado
el que llega
el que parte
el que entiende lo indecible
el santo del desierto que se traga la lengua
el que vuelve a nacer forzando a la madre
 de su madre
el nadador contra la corriente
el que asciende de mar a río
de río a cielo
de cielo a luz
de luz a nada

(«Camino a Babel»)

Ejercicios materiales recoge una serie de poemas escritos en 1991. Es, como *El libro de barro* (1993), una obra cerrada, figura autosuficiente. La *Ilíada* belicosa de la guerra interior se transforma en una canción del regreso, una *Odisea* que declina las armas de la paradoja y ya no precisa de los heraldos oscuros para evocar la estirpe nocturna del poeta. Con las seis letras de su nombre y las seis de su apellido, Blanca Varela accede a una elegancia, a una rapidez y exactitud mayor. No extraña en modo alguno que el tino, la certeza, la precisión sean una de sus preocupaciones nucleares. «No hay esperanza, sólo precisión en los matices», dice el autor de *Masa y poder*. El poema será aquí un motor que funciona consumiendo fantasmas, reduciendo a lucidez la alucinación, a cenizas misericordes el fuego tibio de las piadosas, mentirosas convenciones:

de lo inexacto me alimento
y toda el agua de los cielos es incapaz de lavar
esta ínfima y rebelde herida de tiempo que soy
(«Malevitch en su ventana»)

Pero lo inexacto es también lo vivo, la irrepetible singularidad del ser, la vida inevitable y arrebatadora descansa en la imprecisión que vuelve inaceptable cualquier otra cosa:

nada que no sea la antigua y sagrada inexactitud
que golpea maderos bate alas
e incendia gargantas y corazones
(«Malevitch en su ventana»)

Esa *exactitud otra* —que no deja de recordar por cierto los augurios de la sibila clásica— tiene, desde luego, un propósito. El poeta, a medida que dice, va afinando el instrumento del lenguaje contra el diapasón de su sensibilidad, templando médulas y calando óseos armónicos, buscando el compás apropiado del péndulo, la clave que disparará la consonancia entre el rostro interior y el rostro visible, entre el lenguaje del poema y el lenguaje del poeta, entre la voz soñada y las irregulares herencias de la carne:

convertir lo interior en exterior sin usar el
cuchillo
sobrevolar el tiempo memoria arriba

y regresar al punto de partida
al paraíso irrespirable
(«Ejercicios materiales»)

Lo que está en juego —lúdico incendio— es, ni más ni menos, el rostro, el sentido, la sorpresa, la sospecha de que bajo la envoltura humana palpita un animal indecible cuyo rostro es mitad muerte y mitad alma del mundo.

«Ejercicios materiales» —nombre de un poema que da título al libro de Blanca Varela— es una expresión que evoca directamente las reglas de preparación espiritual fraguadas por Ignacio de Loyola. La regla profana de Blanca Varela no busca, desde luego, servir de levadura para una corporación doctrinaria. Pero si el poeta de estos días, en los albores de la civilización post-cristiana, se asume y manifiesta como practicante de un *misticismo ateo* fundado en el oficio desnudo de una palabra desnuda (y el crítico como un monje laico que propaga la enseñanza de la Diosa Oculta, la poesía), los *Ejercicios materiales* y *El libro de barro* admiten ser leídos por el copista como una guía de conocimiento, además de serlo, claro, como un libro de horas noblemente iluminado por la imagen y la metáfora. Guía, o sea espacio donde se practica la alquimia poética, el «Arte negra»:

mirar sin ser visto a quien nos mira mirar
(«Último poema de junio»)

Guía: espacio de una experiencia intemporal y transpersonal que precisa para su expresión la severidad del modo infinitivo que no admite ni inflexión personal ni tiempo. Guía o memoria transmitida de una «conjugación impersonal», senda alejada de la vía augusta, del camino real y racional. La guía enunciada en *Ejercicios materiales* y en *El libro de barro* se anunciaba ya en un texto escrito años atrás y ya citado aquí: «Del orden de las cosas», donde el método de la creación a partir del autodespojo ya reconocía en la desesperación serena y conquistada un punto de apoyo, una palanca para remover el mundo propuesto por una identidad postiza. Pero en *Ejercicios materiales* se profundiza esa enseñanza de un arte marcial con la propia sombra. El duelo participa de la danza, un baile peristáltico:

rengueando al final del camino
un nudo de carne saltarina
(«Ejercicios materiales»)

y donde el movimiento se da como un tejido de caídas y sacrificios, a la vez aéreo y visceral, afectivo y pétreo. El poeta camina sobre la cuerda floja de su propia mirada fija hacia el interior, hacia el cráter innombrable, el teatro mudo del cuerpo que ama, muere, sueña, engendra:

así caídos para siempre
abrimos lentamente las piernas
para contemplar bizqueando
el gran ojo de la vida
lo único realmente húmedo y misterioso de
nuestra existencia
el gran pozo
el ascenso a la santidad
el lugar de los hechos
(«Ejercicios materiales»)

En la lengua oscura de Blanca Varela, esa danza de la caída anuncia el Advenimiento de la palabra:

entonces
no antes ni después
«se empieza a hablar con lengua de ángel»
y la palabra se torna digerible
(«Ejercicios materiales»)

Pues la asimilación de la palabra no depende exclusivamente de su bondad intrínseca. Está condicionada por un proceso de transparencia de las vísceras mismas. En la lengua agónica y oscura de Blanca Varela, solo en las entrañas translúcidas, en la final reconciliación de lo alto y de lo bajo se abre el acceso al decir del poeta. Es una sabiduría que recuerda la de Heráclito («repartiendo el logos por todas las entrañas») citado por María Zambrano:

no antes ni después
«se empieza a hablar con lengua de ángel»

La autoinmolación, el sacrificio del animal poético en el altar del lenguaje, la eucaristía vertiginosa del hombre con su sombra ha transitado desde luego por

los rigores y disciplinas de la autoobservación pero no se limita a un solipsismo devorador y accede a ver:

la carne convertida en paisaje
(«Lección de anatomía»)

accede al pacto, a la referencia, a convertir lo interior en exterior sin usar el cuchillo.

Al copista lector le parece advertir en *Ejercicios materiales* el término de un ciclo. Si después de la lucha cuerpo a cuerpo con la sombra en el espejo, verificada a lo largo de su arriesgado e incisivo itinerario poético, la poeta accede a un pacto con la palabra, ya indiferente, así escribe para arrojar poemas a las fauces del amor o de la muerte, ese pacto nacido del descenso a los infiernos de la autoinmolación resulta en cierto modo, si no una esperanza, sí una constatación, ni desolada ni eufórica, de que, más allá de los nombres, más allá de la guía donde se han detallado los precipicios y sumideros del alma, la abrasiva orografía del delirio y la demencia, existe un camino:

he dejado la puerta entreabierta
soy un animal que no se resigna a morir
(«Escena final»)

A diferencia de la mitología cristiana que postula un infinito número de moradas en el Reino, en la creación de Blanca Varela solo hay una pero infinita:

un hogar seguro en el desierto. la sólida casa de la duda no tiene
paredes. se llama así. solamente casa. solamente desierto. corral a
la intemperie, noche infinita en la sentina del tiempo.
(«Crónica»)

Esta fe en la duda, fervor en lo abierto y fervor por la intemperie de estirpe rilkeana está desde luego en las antípodas del cristianismo y no habría que confundir en modo alguno la música abismal de Blanca Varela con ninguna nostalgia doctrinaria. La asamblea religiosa puede seguir ahí:

sigue brillando la lámpara penitente

pero no creo en su luz
ni compro la muerte con nombre de pez
ni es cierto que bajo su escama mortecina
dios nos contempla
(«Malevitch en su ventana»)

Afilada declaración de una intensidad difícil de encontrar aun entre las voces surrealistas más recalcitrantes.

Con *El libro de barro* Blanca Varela inicia de nueva cuenta el camino. La memoria, hija del limo, se remonta en busca de aquellos vestigios, de aquellos huesecillos reminiscentes con los que se ha fraguado su alfabeto la conciencia poética. Blanca Varela se deletrea y en cierto modo se relee. Y de esa relectura nace no una reiteración sino la voz tersa de un nuevo poeta. La voz de la sombra es otra voz. El poema se reconoce y reconcilia en una devastadora, sencilla enumeración:

Poemas. Objetos de la muerte. Eterna inmortalidad de la muerte.
Algo así como un goteo nocturno y afiebrado. Poesía. Orina.
Sangre.

Muerte fluyente y olorosa. Gran oído de Dios. Poesía. Silenciosa
algarabía del corazón.

([Poemas. Objetos de la muerte...],
de *El libro de barro*)

ESE PUERTO EXISTE
[1949-1959]

PUERTO SUPE

A J. B.

Está mi infancia en esta costa,
bajo el cielo tan alto,
cielo como ninguno, cielo, sombra veloz,
nubes de espanto, oscuro torbellino de alas,
azules casas en el horizonte.

Junto a la gran morada sin ventanas,
junto a las vacas ciegas,
junto al turbio licor y al pájaro carnívoro.

¡Oh, mar de todos los días,
mar montaña,
boca lluviosa de la costa fría!

Allí destruyo con brillantes piedras
la casa de mis padres,
allí destruyo la jaula de las aves pequeñas,
destapo las botellas y un humo negro escapa
y tiñe tiernamente el aire y sus jardines.

Están mis horas junto al río seco,
entre el polvo y sus hojas palpitantes,
en los ojos ardientes de esta tierra
adonde lanza el mar su blanco dardo.

Una sola estación, un mismo tiempo
de chorreantes dedos y aliento de pescado.
Toda una larga noche entre la arena.

Amo la costa, ese espejo muerto
en donde el aire gira como loco,
esa ola de fuego que arrasa corredores,

esa ola de fuego que arrasa corredores,
círculos de sombra y cristales perfectos.

Aquí en la costa escalo un negro pozo,
voy de la noche hacia la noche honda,
voy hacia el viento que recorre ciego
pupilas luminosas y vacías,
o habito el interior de un fruto muerto,
esa asfixiante seda, ese pesado espacio
poblado de agua y pálidas corolas.
En esta costa soy el que despierta
entre el follaje de alas pardas,
el que ocupa esa rama vacía,
el que no quiere ver la noche.

Aquí en la costa tengo raíces,
manos imperfectas,
un lecho ardiente en donde lloro a solas.

LAS COSAS QUE DIGO SON CIERTAS

Un astro estalla en una pequeña plaza y un pájaro pierde los ojos y cae. Alrededor de él los hombres lloran y ven llegar la nueva estación. El río corre y arrastra entre sus fríos y confusos brazos la oscura materia acumulada por años y años detrás de las ventanas.

Un caballo muere y su alma vuela al cielo sonriendo con sus grandes dientes de madera manchada por el rocío. Más tarde, entre los ángeles, le crecerán negras y sedosas alas con qué espantar a las moscas.

Todo es perfecto. Estar encerrado en un pequeño cuarto de hotel, estar herido, tirado e impotente, mientras afuera cae la lluvia dulce, inesperada.

¿Qué es lo que llega, lo que se precipita desde arriba y llena de sangre las hojas y de dorados escombros las calles?

Sé que estoy enfermo de un pesado mal, lleno de un agua amarga, de una inclemente fiebre que silba y espanta a quien la escucha. Mis amigos me dejaron, mi loro ha muerto ya, y no puedo evitar que las gentes y los animales huyan al mirar el terrible y negro resplandor que deja mi paso en las calles. He de almorzar solo siempre. Es terrible.

UNA VENTANA

Vuelvo a contar mis dedos.

(La flor helada, la desconocida cabeza que me acecha se descuelga y da voces.)

Yo miro las paredes y sus frutos redondos y veloces,
hago cálculos, sumo piedras, cenizas, nubes
y árboles que persiguen a los hombres
y perlas arrancadas de malignos estanques
o de negros pulmones sepultados
y horriblemente vivos.

La araña que desciende a paso humano me conoce,
dueña es de un rincón de mi rostro,
allí anida, allí canta hinchada y dulce
entre su seda verde y sus racimos.

Afuera, región donde la noche crece,
yo le temo,
donde la noche crece y cae en gruesas gotas,
en mortales relámpagos.

Afuera, el pesado aliento del buey,
la vieja fiebre de alas rojas,
la noche que cae
como un resorte oscuro sobre un pecho.

LOS PASOS

Y éste ¿hacia dónde? Tan seco y tan distante
que me detengo para oírlo volver a mi cuerpo,
para sentir entrar la sangre que arrojaba
al avanzar en círculos donde estuve parado,
inmensamente triste con mis cosas,
tan próximo a la jaula donde chilla mi papagayo rojo,
mi hermoso cinturón del Norte (de Piura o de Chiclayo, no recuerdo).

Cuando niño di muchos,
aquéllos cuentan hasta morir,
los más puros y crueles.
Aquél hacia la mariposa o hacia el gato
que murió al poco tiempo,
o aquél hacia la madre,
para llorar sobre su oscura falda sin olores,
sobre su vientre que amo todavía como mi casa,
pecera, nido sombrío y fresco.
Hay otros. Cada uno de ellos da dolor,
de sed aquel que lleva al agua
y el del amor es hueco, desdentado,
alimento pesado que me arroja en el más negro llanto,
en extrañas posturas de mono,
riendo de los dientes afuera
con la risa como una flor carnívora.
Pero todos los pasos
juntos, amándose y matándose,
suman, son un hombre que camina,
un peligroso instrumento contra la paz.

Unidos pueden mirar al cielo con paciencia.

CARTA

A N.

Fruto abierto que el aire no corrompe,
hoja sin mella, jamás ennegrecida,
hacia ti va la sangre
y vuelve sin peligro,
sin puentes,
en ti reposa el pensamiento.

Reloj solar,
noble colorante,
estío de mi casa,
por ti se educa al lobo
y se devuelve el roedor a su nido.

Hermana,
tu rostro blanco, cerrado,
sin historia aparente,
tú, la exacta, inmóvil,
pura referencia.

FUENTE

Junto al pozo llegué,
mi ojo pequeño y triste
se hizo hondo, interior.

Estuve junto a mí,
llena de mí, ascendente y profunda,
mi alma contra mí,
golpeando mi piel,
hundiéndola en el aire,
hasta el fin.

La oscura charca abierta por la luz.

Éramos una sola criatura,
perfecta, ilimitada,
sin extremos para que el amor pudiera asirse.
Sin nidos y sin tierra para el mando.

LA LECCIÓN

Como una moneda te apretaré entre mis manos
y todas las puertas cederán
y lo veré todo
y la sorpresa no quemará mi lengua
y comprenderé entonces el crecimiento de las plantas
y el cambio de pelaje en las pequeñas crías.

Hallaré la señal
y la caída de los astros
me probará la existencia de otros caminos
y que cada movimiento engendra dos criaturas,
una abatida y otra triunfante,
y en cada mirada morirá la apariencia
y desnudo y bello
te arrojará la fábrica entre nosotros.

EL PASEO

Vamos, la luz cambia,
la luz y el viento nos esperan creciendo.
Es hacia la noche donde vamos,
al frescor de la sombra continua,
a beber de los frutos vivos
que penden de ramas increíbles.

Ahora hay tal certeza
de que un pie sigue al otro
y el sol y la luna hacen el día juntos
y el reposo no es terrible.

No es éste el lazo
ni tú eres hoy la presa pequeña.

EL OBSERVADOR

Éste es el hombre,
el nobilísimo verdugo,
lo veo inclinarse,
veo las cuatro paredes de su reino,
la línea débil de sus brazos.

Hoy vivo con el desconocido
y desde afuera le digo
que olvide al tiempo,
que no lo guarde doblado
en su pequeño cajón de escolar,
que vea su vuelo,
su salud profunda de viajero,
que lo siga de lejos.

MEDIODÍA

A José María Arguedas

Todo está preparado para el sacrificio.
La res muge en el templo de adobe.
Lágrima dura y roja,
canchales de fuego,
silencio y olor fuerte de girasol,
de gallos coronados.

Ni una hoja caerá,
sólo la especie cae,
y el fruto cae envenenado por el aire.

No hay centro,
son flores terribles
todos estos rostros clavados en la piedra,
astros revueltos, sin voluntad.

Ni una hora de paz en este inmenso día.
La luz crudelísima devora su ración.

El mar está lejano y solo,
la tierra impura y vasta.

DIVERTIMENTO

Playa nocturna
donde el sol llega caminando sobre sus manos,
fresco, cabalgando como el viejo caballo de la plaza
todo de madera y rojo,
como un campanario sobre el mar y sus estatuas,
claros apóstoles con la boca abierta
y el paladar negro de tanto hablar con Dios
y de beberlo en la mañana
a verdes tragos,
sorprendiéndolo entre las gaviotas,
porque él es el pingüino macho de ojos salados
o la vieja tortuga
cuyo amor ilumina el bosque.

Y llega el sol
y el dolor en la playa es una mujer con barbas,
el esfuerzo pasado,
y no este piano en la arena
ni Mozart desnudo
como una niña arrebatada y libre
jugando al escondite con su sombra
y con la sombra de todos
y con la muerte
que se deshace en sonrisas en este falso jardín,
en el único día,
el inesperado,
el que cae como una manzana sobre la cabeza.

Voilà! Soy dulce, dice,
pero mañana romperemos el espejo,
robaremos al ladrón,
educaremos al demonio,
y el tiempo vuela,

y Mozart vuela
y no vuelve sino a oscuras
espectral y terrible
en asambleas de hombres tristes.

Escuchemos al caballo,
matemos al apóstol,
y amémonos sólo así,
con la boca abierta y tan jóvenes,
estudiando al pingüino,
muy lejos del tormento
y del cielo colosal e inflexible.

EL CAPITÁN

Estamos prendidos a la cola de Marte. Los días anteriores han sido hermosos, pero ahora sudamos como africanos.

Es una extraña batalla.

El primero en caer soy yo, pero continúo.

Hace mucho tiempo que no hago el amor, las últimas noches han sido terribles. Podía tocar mi aliento, tomarlo por las alas como a un insecto y arrojarlo por la borda.

Los capitanes somos castos y rugimos como el mar, rojos y solitarios despreciamos la sumisión de la tierra.

Aun en el trópico, sí, aun en el trópico, cuando emerge como una ubre pálida la isla, las camelias lacrimosas, el bárbaro perfume del hogar.

Los capitanes somos insomnes por naturaleza.

Los primeros muertos brillan sobre el puente, sus pechos desnudos están intactos. Nunca han estado más sólidos ni sonrientes. El vello dora los músculos aún tensos y la carne, que nada puede, puede conmovernos.

Esta muerte duradera es el botín de la batalla, el recuerdo para la soledad del próximo viaje. Estamos confortados, nuestro odio recién sembrado es nuestro ideal. Con la muerte al alcance de los labios crecemos vertiginosamente como una leyenda para los ausentes.

Las olas gimen, bogamos sobre una selva de tristeza. La noche se cierra insostenible para el mundo. Nosotros, de pie, invadimos la tiniebla, quebramos el acorde final con una terrible marcha guerrera.

Nuestras espadas cruzan el firmamento como rayos, nuestros ojos viajan como soles, la cabellera crece violentamente y se multiplican nuestras sonrisas sin ley.

Una mano arranca de la sombra el trofeo, la agitada y azul entraña: la gloria.

Vencedores nos sorprende el alba. ¿Hemos soñado?

La orina del héroe se ha secado. La ira marchita dispara un fruto amargo que mancha la mañana.

Lívidos, tibios, afeminados, los guerreros contemplan atónitos el nuevo día.

El capitán es insomne por naturaleza y sin embargo sueña. Su aliento se vuelve contra él como un tábano sediento. La batalla lo espera siempre más allá del horizonte. Y en la espera, bajo el bronce de su piel, los músculos penden flácidos como los de una niña atacada de malaria, mientras sus huesos se acoplan en las bodegas húmedas.

Sólo el mar canta esta leyenda.

HISTORIAS DE ORIENTE

I

La sombra crujía como un árbol.

Prac, prac, prac.

Burbujeaba la mañana.

El cielo cabalgaba espléndido, arrebolado.

Una mano prolija instalaba pájaros bajo la lluvia fina, pasajera.

Todo sucedía así.

A pesar de la música, de la aparente normalidad, una piedra rodaba; un signo, una invisible señal ardía sobre la ignorancia del mundo. Por un altoparlante una voz proclamaba el nacimiento del sol que ascendía como el deseo un pozo estrecho, sin paredes.

La voz como un leve sudor en las sienes surgía de los muros semienterrados.

Venía luego el polvo y más tarde el viento, prematuramente tibio.

Desfloraba un túmulo y partía despreocupadamente hacia otras ruinas.

Todos los días era igual.

La voz cesaba y el sol brillaba formidablemente en el cenit.

II

Respirando, insistiendo en flotar, algas de ojos elásticos y crueles: los vástagos.

Rechinando, clavos en la muralla de tinieblas, azotados por oleosas estrellas, la cabellera larga, nudosa; ramificados, tristes, turbulentos, cristalizada la saliva, exangües, vocingleros. Al alba, sobre el mismo tejado, decidieron quemar sus obras.

Levantaron las piras, estructuras de metales blancos, incandescentes poliedros, orquídeas de sexo desmesurado; verdes, aéreos epitafios, altos monumentos peinados por el ala negra y membranosa de la gloria.

Lo máspreciado. Todo.

Las terrazas humeaban. El crepúsculo caía como una trampa sobre los temblorosos rebeldes.

Era evidente el eclipse. En los pozos recién abiertos clamaba, rugía una música pestilente. El invernadero lleno de lágrimas estaba cercado por una cadena de montañas.

Terribles presagios.

Transidos de dolor, agónicos, postergaron la fecha.

III

Cierta mañana Cosme abrió los ojos y vio a su perro envuelto en una nube azul.

Con un alfiler lo persiguió varios meses.

Era difícil alcanzarlo.

La nube cambiaba de color y el pobre animal gemía en el centro mismo del firmamento y bañaba la cabeza de Cosme con sus espesas lágrimas.

Cosme tenía los dientes rojos de dolor y sus mejillas ardían de impotencia.

Día y noche espiaba el cielo.

Cuando había buen tiempo divisaba la nube perfectamente redonda.

Entonces saltaba, llegaba a distinguir a la infeliz bestia que arropada de gases irisados orinaba tristemente para orientarlo. La esperanza no lo abandonaba ni en las terribles noches de tormenta en que la nube se mecía cargada de ira sobre su cabeza. Y así pasaban años y años y Cosme no quería otro perro.

PRIMER BAILE

I

Soy un simio, nada más que eso y trepo por esta gigantesca flor roja. Cada una de mis cerdas oscuras es un ala, un ser transido de deseo y alegría. Tengo veinte dedos hábiles y negros, todos responden a mi voluntad.

Tal vez soy el único viviente, el que se mueve, respira y se queja. El único en dar vueltas y girar sobre el lodazal y la culebra. El trompo, el girasol humano, velludo y limpio, el cantor solitario, el anacoreta, la peste. Soy, indudablemente, el que se oye, respirando, tejiendo para atrapar el acto, el testimonio erizado de ojos y lenguas todavía temblorosos, todavía con recuerdos.

¿Qué nos hace gemir y caer de rodillas? ¡Valor! Hay tiempo de sobra, que prosiga el festín. Luzcan airoso sus cráneos los convidados, sucios escarabajos atados a su memoria.

¿Debo decirles sólo para verlos palidecer que habrá que arrojarse al aire, rechazados por manos más poderosas hasta lo que es negro, sin eco, ni revés, ni umbral, ni término?

Amo esta flor roja sin inocencia.

II

Es penosa la ascensión, pero el aire de arriba es frío, delgado, de un fulgor obsesivo y desnudo que nos convierte en simples grietas o a lo más en una piedra que puede rodar, caer, partirse.

Feliz término el crimen o el azar.

Una explosión eficaz como unos labios sobre otros significaría el triunfo.

III

En ciertas ocasiones hay que colocarse al lado del camino. Viene el cortejo, pasan las arañas, luego los pulpos rojos e hinchados. Una espada los persigue y les arranca los ojos que son generosamente repartidos entre los acreedores. Aplausos. El pueblo está contento porque se le ha prometido que el día durará veinticinco horas.

Esto es la inmortalidad.

IV

Ahora pasa el mar, invertebrado y somnoliento. Deja extrañas especies revolviéndose en el camino inclinado y resbaladizo. Los imbéciles las hincan con sus bastones, tratan de hacerlas rodar sobre sus traseros. Al día siguiente amanecen muertos con las uñas y los dientes ennegrecidos.

V

Hay un lugar lejos de toda ciudad. No hay un cielo sino varios, superpuestos, espejeantes, horribles.

¿Qué significará el amanecer para quien no conoce sino la noche y el sueño que sucede al sueño?

Despegar los párpados significa morir, desprenderse de una estrella. El ritual es breve, la entrega absoluta. Se grita con los ojos cerrados, empapado de sudor o crujiendo de frío: te amo porque tu latido ocasiona catástrofes, huracanes, guerras.

Te amo porque te bañas en un inmenso vacío y te alimentas de tinieblas. Nado en tus redondas pupilas ciegas como en un estanque infernal. Tus propiedades no tienen número y abundan las especies innominadas, estériles pero eternas.

Te amo porque eres una ficción malvada y saludable. Si cesaras se extinguiría mi existencia de inmediato. Te podría hacer desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Pero, luego, ¿cuál sería el castigo?

VI

Los números arden. Cada cifra tiene un penacho de humo, cada número chilla como una rata envenenada. Es triste ser la invención de un loco, un ojo de otro ojo.

Hay una rueda, hay algo que nos obliga a brincar, a buscar un sitio, a perderlo, a llamar «mi casa» al cubil y «mis hijos» a los piojos. Santa palabra. El caimán baila una tarantela sobre su cola de antracita.

VII

La niña vio que tenía un gran agujero en el pecho. Miró a los demás en los ojos, directamente. Todos dieron vueltas y se convirtieron en gallos amarillos. Vio campos, pequeños caseríos de provincia amables y sucios. De repente de alguna pupila salía un palo muy largo, una sogá, o se convertía en una pista de patinaje por donde se deslizaban graciosamente el alcalde y los notables del lugar. Cuando vio al héroe se sintió profundamente enamorada. Todos le debían la libertad. La libertad, libertad, libertad.

Era como una pelota, como un globo azul que reventaba sobre el rostro y hacía ver luces de todos colores. Era delicioso, indescriptible, jugar con la libertad y poder mandarla a paseo algunas veces. El héroe se quiso incorporar pero volvió a caer al suelo.

Su cuerpo era de madera pintada de rojo y violeta, a rayas.

Comenzó a soplar un viento fuerte y un polvillo impalpable se desprendió de su nariz. Era la vida.

El público tosía. Se reclamaba aumento de salarios, libertad de cultos y vías de comunicación.

El héroe, antes de morir del todo, extrajo un pequeño helicóptero del agujero que tenía en el pecho y lo entregó al alcalde. El griterío fue ensordecedor, la alegría general. Lo habían logrado.

VIII

El suplicio comienza con la luz.

Una linterna sorda, arriba, lo ilumina todo.

Descubren el cuerpo y el muy canalla tiene cara de santo.

Inician el baile el elefante y la justicia.

¿Quién vencerá?

DESTIEMPO

I

Se fue el día,
las escamas del sueño giran.

Todo desciende,
la noche es el tedio.

En el desierto, a oscuras,
temerosa del amor
la ostra llora a solas.
Caen las lívidas hojas de tu frente,
te alejas, negra burbuja sin destino.

Se abren súbitamente mil calles,
arrecifes en llamas
retienen tu cuerpo helado como una lágrima,
nada te hiere,
el coral clava su garra en tu sombra,
tu sangre se desliza, inunda praderas,
salta de las ventanas como un rojo sonido
y todo esto no es sino el otoño.

II

Estréchame las manos,
la única luz que nos queda,
no me dejes olvidada
en la cima de una ola.

Aléjate.

Anarten ese frío naisaie de cinreses.

Aparten ese frío paisaje de cipreses,
escombren esos náufragos que ocultan el horizonte.

La vida es una noticia conmovedora.

Atravieso el desierto,
la terrible fiesta en el centro de un cielo derribado.
Estoy casi olvidando.

III

A César Moro

El rayo ha perfumado ferozmente nuestra casa.
Tenemos sed, tenemos prisa por golpear
con el hueso de una flor en la tiniebla.
Hay un árbol talado en esta historia.
Contemplamos el cielo. No hay señales.
¿Es de día? ¿Es de noche?
Murió la araña que medía el tiempo,
sólo hay un viejo muro y una nueva familia de sombras.

IV

Deseos, piedras, cielo a jirones,
ni un ave.
Estoy huyendo.
Una nueva montaña,
un río joven, sin ira.

Éste es el mundo que amo.
Quiero un cielo veloz,
la mañana distinta, sin colores,
para poner mis ángeles,
mis calles donde siempre hay humo y sorpresa.

V

Aquella torturada nube parecía tan firme,
ambulando,
desgarrando,
chocando con masas de ángeles.

Cóncava,
valva de nieve y soledad,
de trajín y música constante,
de arena, de resplandor
y fuga,
desierto etiope
en un *tutti* de gemidos
y sorpresa.

Tan exacta
sobre el laberinto de la pupila,
color perdido
de vieja misiva,
terrible silencio
de quien ha sacudido el aire
y conoce el vado de los sollozos.

Continuaba,
migradora,
llave del torbellino
como una gota pura
preñada de su propia existencia.

VI

El mar pliega las alas al atardecer,
tú no eres sino una pálida burbuja
navegando al golpe del aliento,
un negro trino,
el sol que sale en el centro del pecho
en mitad de la calle,
un silencio en la música dura

de la ciudad sin límites.

Para atravesar ese océano,
ese golpe de luz en la siesta,
no bastaría la eternidad.

VII

Toda la palidez inexplicable es el recuerdo.

Travesía de muralla a muralla,
el abismo es el párpado,
allí naufraga el mundo
arrasado por una lágrima.

VIII

Despierto.

Primera isla de la conciencia:

un árbol.

El temor inventa el vuelo.

El desierto familiar me acoge.

Alguien me observa con indiferencia.

IX

El amor es como la música,
me devuelve con las manos vacías,
con el tiempo que se enciende de golpe
fuera del paraíso.
Conozco una isla,
mis recuerdos,

y una música futura,
la promesa.

Y voy hacia la muerte que no existe,
que se llama horizonte en mi pecho.
Siempre la eternidad a destiempo.

LUZ DE DÍA
[1960-1963]

DEL ORDEN DE LAS COSAS

A Octavio Paz

Hasta la desesperación requiere un cierto orden. Si pongo un número contra un muro y lo ametrallo soy un individuo responsable. Le he quitado un elemento peligroso a la realidad. No me queda entonces sino asumir lo que queda: el mundo con un número menos.

El orden en materia de creación no es diferente. Hay diversas posturas para encarar este problema, pero todas a la larga se equivalen. Me acuesto en una cama o en el campo, al aire libre. Miro hacia arriba y ya está la máquina funcionando. Un gran ideal o una pequeña intuición van pendiente abajo. Su única misión es conseguir llenar el cielo natural o el falso.

Primero se verán sombras y, con suerte, uno que otro destello; presentimiento de luz, para llamarlo con mayor propiedad. El color es ya asunto de perseverancia y de conocimiento del oficio.

Poner en marcha una nebulosa no es difícil, lo hace hasta un niño. El problema está en que no se escape, en que entre nuevamente en el campo al primer pitazo.

Hay quienes logran en un momento dado ponerlo todo allí arriba o aquí abajo, pero ¿pueden conservarlo allí? Ése es el problema.

Hay que saber perder con orden. Ése es el primer paso. El abc. Se habrá logrado una postura sólida. Piernas arriba o piernas abajo, lo importante, repito, es que sea sólida, permanente.

Volviendo a la desesperación: una desesperación auténtica no se consigue de la noche a la mañana. Hay quienes necesitan toda una vida para obtenerla. No hablemos de esa pequeña desesperación que se enciende y apaga como una luciérnaga. Basta una luz más fuerte, un ruido, un golpe de viento, para que retroceda y se desvanezca.

Y ya con esto hemos avanzado algo. Hemos aprendido a perder conservando una postura sólida y creemos en la eficacia de una desesperación permanente.

Recomencemos: estamos acostados bocarriba (en realidad la posición perfecta para crear es la de un ahogado semienterrado en la arena). Llamemos cielo a la nada, esa nada que ya hemos conseguido situar. Pongamos allí la primera mancha. Contemplémosla fijamente. Un pestañeo puede ser fatal. Éste es un acto intencional y directo, no cabe la duda. Si logramos hacer girar la mancha convirtiéndola en un punto móvil el contacto estará hecho. Repetimos: desesperación, asunción del fracaso y fe. Este último elemento es nuevo y definitivo.

Llaman a la puerta. No importa. No perdamos las esperanzas. Es cierto que se borró el primer grumo, se apagó la luz de arriba. Pero se debe contestar, desesperadamente, conservando la posición correcta (bocarriba, etc.) y llenos de fe: ¿quién es?

Con seguridad el intruso se habrá marchado sin esperar nuestra voz. Así es siempre. No nos queda sino volver a empezar en el orden señalado.

CALLE CATORCE

Tú y yo caminando por estos mismos lugares. ¿Acaso es cierto? Teníamos que caminar exactamente treinta pasos para alcanzar las gradas y descender los cien peldaños, los cien peldaños que tenían mil años.

¿Acaso es cierto?

Abajo estaba todo lo que teníamos que alcanzar: nombres, palabras, cifras, horas de sombra, horas de luz, estaciones.

¡Qué compañía era tu mano, qué sombra —mi sombra— era tu cuerpo, unido a tu mano, siguiendo mi cuerpo, entre otras sombras y otros cuerpos! Siempre más lejos, sorteando la negra charca, la ululante canción de la urbe. Tú, hundido hasta la cintura; tú en lo alto, delgado, girando, pararrayos, terriblemente al rojo, dormido de pronto, lanzado a la oscuridad, tren fantasma, pitada colosal, alba de faro, cuarto de hotel. Tú.

Aquí estoy, aquí estoy en la calzada, comprando flores destinadas a morir.

Salúdame, señor, hombre gordo; señorita, mueve tu cuerpo, que parezcas viva, agita tu cabello de cartón en el aire de la muerte; que suenen tus pulseras, tu risa; abre las piernas, si puedes, y que la luz penetre tu vientre y seas una lámpara silbando en el túnel desierto.

No hay nada aquí, nada más allá. Por ello toma a tu pareja de la cintura y trata de no ser bailando, amando, lo que crees que eres tú; esa continuidad, silencio y oquedad y ruido entre ambos y ruido de arena que cae cuando dormida, apenas recién nacida, era el aire separándose, negro y blanco, negro y blanco, un papel sobre el rostro humedeciéndose con la respiración.

No respire sobre la memoria. Jardines de ceniza, hotel de muros frágiles, pirámides de gas, ordenada, simétrica desaparición hasta cuatro, tres, dos, uno, cero.

¿Volveremos tú y yo a recorrer estos mismos lugares? ¿Acaso es cierto?

Ascenderemos los peldaños y será lo mismo. Y luego, sed y dolor.

Tomemos un café en esta cripta de neón. Como una cinta ruedan las palabras de tus labios imprimiéndose en mi memoria que pronto no será.

Siéntate conmigo en esta plaza fantasma, en esta ciudad fantasma y contemos todas las luces, no sólo las que iluminan este fracaso sino las posibles.

¿Por qué no también la de esa estrella que será destruida mañana, reducida a una cifra en la negra pizarra celeste?

Suena un timbre, una sirena. Puerta giratoria por donde entro y salgo siempre al mismo lugar; escalera mecánica donde descubro que perdí las piernas hace tiempo en una guerra donde no estuve. ¿Fue una granada o una mirada de ira? Lo cierto es que aquí, en medio de la calle, agito mi campanilla de leproso y canto con una voz gangosa, de lázaro, las bellezas de la vida.

Sus finos zapatos de piel de culebra la llevan hasta mí y con mi dedo que es una aguja de metal, negra, perfecta, infalible, le muestro la carroña, el techo de desperdicios, la ulcerada nariz del poeta, y le digo una vez más a ella, a mi espantada sombra, que me acompañe un día más y un día más y un día.

CANTO EN ITHACA

¿Qué hacer con los recuerdos? Confundir seres, lugares, caricias. Cruzar todo el océano para llegar a este parque que queda a una cuadra de casa.

Primavera en cualquier calle. Rue Bonaparte, el viejo taxímetro amarillo al centro de la calzada desierta. El sol informe como una mancha en un cuadro, los árboles apenas delineados, el aire ralo, las gentes siempre alejándose.

La tierra gira, la luz vuelve a alcanzarnos. El día es esa puerta abierta sobre la calle. Via dei Bardi, más allá el río enjorado y caliente. Ropa recién lavada, tendida en el cielo de Florencia.

El cielo es siempre el mismo: desierto, a oscuras, deslumbrante. Cielo amarillo de Lima, balcón de cenizas, muladar de astros.

¿Qué camino escoger que no nos obligue a cerrar el círculo, a estrecharlo; a ser uno mismo toda la oscuridad y el temor de esa calle desconocida; el absurdo de reconocerse inclinado sobre esa fuente que nos devora y devuelve, máquina de sueños, la misma imagen sin párpados, sin reposo?

Tal vez nos salga al encuentro una plaza, una tregua, un cielo humano de hojas, humo, voces.

Sentimos algo dentro y algo en torno y todo lo que fuimos y seremos por un instante cabe en nuestros labios, bocado de ceniza que ilumina, gusto de tierra amargamente viva, quemadura de sal del mar en que se nace.

Todo cabe en dos ojos deslumbrados, todo el color en un violento despertar en una plaza, a solas.

ANTES DEL DÍA

A Dore Ashton

¡Cómo brillan al sol los hijos no nacidos!

Blanco es el mes de enero, negras las olas que visitan la isla.

El nido está en lo alto, sobre una piedra segura.

No habrá que enseñarles ni a nacer ni a morir. ¿Por qué habría de enseñarse tales cosas?

La vida llegará con avidez y ruido. Conocerán el sol. El mundo será esa claridad que nos pierde; los abismos de sal, la fronda de oscuras esperanzas, el vuelo del solitario corredor que se da alcance a sí mismo.

Un círculo en el aire para atrapar algo de lo perdido.

El sueño de ayer, la imagen que se escapa entre dos aguas, que se multiplica y transforma hasta no ser sino el agua misma, el brillo deslumbrante, instantáneo, de los propios deseos.

Mirada perdida en sí misma que se devuelve y recorre como un desierto familiar.

Siempre al centro. Encrucijada o astro, efímera explosión de plumas, corazón sin reposo alentando todos los vientos.

¡Cómo brillan al sol los hijos no nacidos!

¿Qué clase de sueño traerán? Primera estrella destruida, primer dolor, primer grito.

Golpe contra todo, contra sí mismo. Hacer la luz aunque cueste la noche, aunque sea la muerte el cielo que se abre y el océano nada más que un abismo creado a ciegas.

La propia voz respondiéndose con el fracaso de cada ola.

MADONNA

La que había visto todo se volvió de perfil, orgullosa y fortalecida. Sobre el lecho se incorporó la madre y ofreció el hijo, envuelto como una crisálida, a los postreros rayos del sol.

Al mismo tiempo el ama acercaba el seno henchido y moreno al labio virgen del recién llegado, pero él dormía, indiferente al calor del sol y al misterio del primer beso.

Un crítico severo hubiera reclamado un fulgor de sangre en el entarimado de porcelana, y que el triángulo de cielo de la ventana hubiera sido más azul, más cielo.

Y además, aquel niño ya crecido, al centro de todo, oraba de una manera extraña, uniendo las plantas de los pies como un simio.

La arquitectura era limpia pero banal, con algo de templo y de mercado. Escaleras inútiles, ventanas que aspiraban la oscuridad a borbotones, arcos bajos como tumbas, escaños desocupados y cortinajes anudados con ira.

Y luego, cruzando el tiempo, el cortejo de mujeres con sus dones y secretos auestas. Estaban todas. La que lucía el vientre como una hogaza dura y rubia bajo la gasa mortecina. La madre de aquel párvulo que se protegía del milagro a la sombra de la cadera familiar y opulenta. La dueña de la trenza todavía infantil y del seno obviamente maduro. Y entre ellas, apartada, la célibe: sabia como una abuela, poderosa de brazos y ensimismada frente a la ventana.

De espaldas a la escena la más grave, la más dulce de todas. Con el niño extraño y crecido entre los brazos parecía saberlo todo. Amor en sus ojos extraviados, ceguera y luz en el rostro del infante rollizo.

Al fondo, huyendo del lugar, un anciano trepaba penosamente las escaleras. En lo alto lo esperaba una dama, noble de porte y vestido, que lo ayudaba gentilmente a trasponer el umbral que le correspondía.

PLENA PRIMAVERA

Murió entre sus brazos, no sin mirarlo antes profundamente. ¿Todo estaba perdido? No. El día hacía ruido, ocupaba todo. Devolvía lo perdido ayer, para siempre. Ya no había estrellas y hacía un calor de verano.

Lo muerto, muerto está. Hay que sembrar violetas alrededor de la tumba. Pronto vendrá el hielo y un cadáver sin flores es un fracaso.

Lo que miraba no existe más. Sólo un fardo de seda y un rumor en la noche de la carne.

La vida trabaja en la muerte con una convicción admirable. ¡Qué ejércitos, qué legiones, qué rebaños combatiendo y pastando en ese campo de hielo y silencio!

Cada cual cobrará su pieza y las violetas tendrán lo suyo: azul profundo de una mirada definitivamente perdida. Y la tierra, el rojo de la sangre detenida. Y el aire, ahíto del festín, el vuelo seguro de quien sabe cerrar todas las puertas.

Muerte en el jardín

EN LO MÁS NEGRO DEL VERANO

El agua de tu rostro
en un rincón del jardín,
el más oscuro del verano,
canta como la luna.

Fantasma.
Terrible a mediodía.
A la altura de los lirios
la muerte sonríe.
Sobre una pequeñísima charca,
ojo de dios,
un insecto flota bocarriba.
La miel silba en su vientre
abierto al dedo del estío.

Todo canta a la altura de tu rostro
suspendido como una luz eterna
entre la noche y la noche.

Canta el pantano,
arden los árboles,
no hay distancia,
no hay tiempo.
El verano trae lo perdido,
el mundo es esta calle de fuego
donde todas las rosas caen y vuelven a nacer,
donde dos cuerpos se consumen
enlazados para siempre
en lo más negro del verano.

En un rincón del jardín
bajo una piedra canta el verano.
En lo más negro,
en lo más ciego y blanco,

donde todas las rosas caen,
allí flota tu rostro,
fantasma,
terrible a mediodía.

BODAS

Perdidos en la niebla
el colibrí y su amante.
Dos piedras lanzadas por el deseo
se encuentran en el aire.

La retama está viva,
arde en la niebla,
habitada.

PARQUE

Cruza la araña
de sueño a sueño,
invisible puente
del día a la rama.

Torpeza de la mosca,
cristal sin alma.
El abejorro bebe,
la flor sangra.

El jardín es la muerte
tras la ventana.

EPITAFIO

Esto es hoy,
algo perdido.

Brilla el césped.
Cae una hoja
y es como la señal esperada
para que vuelvas de la muerte
y cruces con resplandor
y silencio de estrella
mi memoria.

ASÍ SEA

El día queda atrás,
apenas consumido y ya inútil.
Comienza la gran luz,
todas las puertas ceden ante un hombre
dormido,
el tiempo es un árbol que no cesa de crecer.

El tiempo,
la gran puerta entreabierta,
el astro que ciega.

No es con los ojos que se ve nacer
esa gota de luz que será,
que fue un día.

Canta abeja, sin prisa,
recorre el laberinto iluminado,
de fiesta.

Respira y canta.
Donde todo termina abre las alas.
Eres el sol,
el aguijón del alba,
el mar que besa las montañas,
la claridad total,
el sueño.

ALBA

Al despertar
me sorprendió la imagen que perdí ayer.
El mismo árbol en la mañana
y en la acequia
el pájaro que bebe
todo el oro del día.

Estamos vivos,
quién lo duda,
el laurel, el ave, el agua
y yo,
que miro y tengo sed.

SIEMPRE

No eres tú.
Siempre yo.
Casa, árbol, dolor,
ventana, pan, baile, temor.
Siempre yo.
Siempre saliéndome al paso.

Frente al Pacífico

VALS

No he buscado otra hora, ni otro día, ni otro dios que tú.

Laberinto, pirámide de humo, altura que canta, pozo que
amenaza,
tierra de abismo, primavera ciega.

La soledad nos une en la humedad del guisante, en la hinchazón de la
ola,
en el sudor de la raíz.

*(Brotó en el polvo gris de Lima la baya cargada de ira.
Gira el vals, manantial de orina, vaho dorado y golpe bajo,
labios negros, estrujados, fantasma que se acaricia bajo las uvas
amarillas y se flagela al alba con las estrellas.)*

Asciendo y caigo al fondo de mi alma
que reverdece, agónica de luz, imantada de luz.
En este ir y venir bate el tiempo las alas
detenido para siempre.

Recrearte: polvo, brizna, herida.
Perderte: gesto, contacto, olvido.
Buscar tu sombra, reconocerte tras una ventana,
mancha de sol, sombra de lluvia, en cualquier calle del mundo.

Perseguirte, condenado girasol,
como una piedra encadenada al aire,
arrastrando la tierra, cauda que enciende universos,
que se desvanece en una plaza.

La mirada que soy entorna la puerta, atisba el vacío,
otea el cielo en ruinas.
En la rama vencida estalla una breva furiosa, la pupila en llamas
buscándote, exigiendo su razón de luz.

NO ESTAR

No estar. No estar. No estar.
Un reflejo a la entrada de la cueva,
la carrera en medio del día,
la manada invisible,
la nube de polvo.

Desde el fondo tirar la red.
¿Quién cae? ¿Quién vive?
Esto es la noche. Esto soy yo.
No quiero ver las estrellas,
no quiero ver lo que ha de morir,
ni imaginar tu rostro
ni moverme hacia lo que amo.

Inmóvil tras mi cuerpo soy un río que crece,
que avanza en la noche.

Tiempo, rostro de limo, espejo trizado.
Repite este aire caliente que gira,
hazlo una piedra,
un círculo en el agua que me devora.
Lánzame mil veces de espaldas, despéñame,
lléname de ojos,
devuélveme mis palabras,
mis pensamientos, más violentos que la luz.
Recuerdos donde tú eres yo
y haces el mismo gesto de amor en la oscuridad.

Voy hacia la ventana,
me asomo al día negro y allí estoy,
al centro de la tiniebla.
Algo roto, sustancia herida,
desgarrón luminoso súbitamente borrado,
calor apartado de los labios, luz ambigua,

noche de fuego y hielo, silencio,
muro de ecos, ser de espaldas.

PALABRAS PARA UN CANTO

¿Cómo fue ayer aquí?
Sólo hemos alcanzado estos restos,
el vaso que ilumina con su lejano y obstinado silencio,
el pájaro herido en el esmalte al alcanzar el fruto.

Llegamos con la puntual indiferencia del nuevo día,
saltando sobre la desgracia con precisión de atletas.
Hemos dormido bajo las estrellas,
hemos perdido el tiempo.

Paracas, Ancón, Chavín de Huantar.
Éstas son las palabras del canto.

¿Cómo fue ayer aquí?
No hablamos de dolor entre ruinas.
Es más que la palabra,
es el aire de todas las palabras,
el aliento humano hecho golpe en la piedra,
sangre en la tierra,
color en el vacío.

Yace aquí,
entre tumbas sin nombre,
escrito en el harapo deslumbrante,
roja estrella en el fondo del cántaro.
Por el mismo camino del árbol y la nube,
ambulando en el círculo roído por la luz y el tiempo.
¿De qué pérdida claridad venimos?

MÁSCARA DE ALGÚN DIOS

Frente a mí ese rostro lunar.
Nariz de plata, pájaros en la frente.

¿Pájaros en la frente?

Y luego hay rojo
y todo lo que la tierra olvida.
Humedad con poderes de fuego
floreciendo tras las negras pestañas.
Un rostro en la pared.
Detrás del muro, más allá de toda voluntad,
más lejos todavía que mirar y callar:
¿qué?

¿Siempre algo que romper, abolir o temer?
¿Y al otro lado? ¿Al revés?

Vuela la mano, nace la línea,
vibrante destino, negro destino.
Por un instante la melodía es clara,
parece eterna la tarde,
purísima la sombra del cielo.

Vuelvo otra vez. Pregunto.
Tal vez ese silencio dice algo,
es una inmensa letra que nos nombra y contiene
en su aire profundo.
Tal vez la muerte detrás de esa sonrisa
sea amor, un gigantesco amor
en cuyo centro ardemos.

Tal vez el otro lado existe
y es también la mirada
y todo esto es lo otro
y aquello esto

y aquello esto
y somos una forma que cambia con la luz
hasta ser sólo luz, sólo sombra.

FRENTE AL PACÍFICO

Sangre amarilla en las dunas.
Día en ruinas.

Algo miraba antes hacia arriba.
No hace mucho
alguien intentaba volar.
Sembrada en la arena
la oscura melodía de la higuera,
absurda la sonrisa de la sal
entre la parda espuma de la playa.

Poderosos, llenos de secretos
llegarán los astros, puntuales.
Venus, impasible y celeste
dejará caer un rayo de olvido.

Aire libre,
día en ruinas,
revueltos lechos de la tarde.

Las cosas hablan entre ellas,
se mueven hacia ellas mismas.
El viento cuenta y ordena.

INVIERNO Y FUGA

Nieve, labios rojos,
una gota de fuego,
un grito que nadie escucha.

Éste es el día en que llega
la ácida primavera,
en que es dulce la herida
de estar vivos.

Alto horno del cielo,
fulgor de plumas,
adiós que el aire quema
en pleno vuelo.

En aire, tierra y cielo,
en mí, en ti,
en nosotros muere el invierno.

Diamantino estertor,
irritada claridad,
lágrimas que la luz arrebató y fecunda.
Muerte llena de oro.

Todo es posible
en ese activo sueño.

ALLA PRIMA

*«Para un principiante la técnica de
los viejos maestros se presenta
como algo muy misterioso.»*

Ni siquiera el rojo de labios y mejillas.
Ni siquiera el ruido del agua cayendo,
cayendo en la oscuridad.
Como si la lluvia fuera sólo para ti
y la vida sólo para ti
y la muerte el comienzo
de la inocencia.

*(Al final,
a breve plazo,
cada color
se tornará más oscuro.)*

Morirse como cualquier invierno.
Árbol sin hojas.

Pía el impío en la rama de mármol.

Cuánto gris se necesita para morir,
todo para aumentar la luminosidad de un rojo,
de un largo, imposible verano.
Sin embargo el azul del cielo,
detrás de los negros cipreses,
de las blancas cúpulas
(Florencia siempre),
se agrieta como la cáscara de un huevo.

¿Falta de amor
o haber mirado demasiado
con una estúpida,
fina nula

fija pupila
de cuarzo
el mundo?

VICTORIA

Volver el rostro,
no por demasiado tiempo.

¿Fue el ocaso de siempre
o un alba dejada atrás?

Amor,
paisaje que el tiempo corrige sin tregua.

La primavera es breve
a ambos lados del camino.

VALSES
Y OTRAS FALSAS CONFESIONES
[1964-1971]

Valses

No sé si te amo o te aborrezco
como si hubieras muerto antes de tiempo
o estuvieras naciendo poco a poco
penosamente de la nada siempre.

Porque es terrible comenzar nombrándote
desde el principio ciego de las cosas
con colores con letras y con aire.

Violeta rojo azul amarillo naranja
melancólicamente
esperanzadamente
absurdamente
eternamente.

Una mujer joven y su hija muy pequeña (las recuerdo perfectamente, la niña tenía un abrigo rojo sucio y pesadas botas de goma) me empujaron para ser las primeras en presenciar el espectáculo.

Yo estaba en Bleeker Street, con un pan italiano bajo el brazo. Primero escuché sirenas, luego cerraron la calle que dejé atrás. Alguien se había arrojado por una ventana.

Seguí caminando. No pude evitarlo. Iba cantando.

«Mi noche ya no es noche por lo oscura»

A unos cuantos pasos de esa esquina, de esa casa, bajo esa misma ventana alta y negra, la noche anterior había comprado salchichas y cebollas. Era una noche muy fría, tres muchachos tocaban jazz en la acera y un escocés con barba, un escocés auténtico, llevaba por el talle a una menuda japonesa. Parecían verdaderamente enamorados.

Esta mañana también era muy fría. Había nieve sucia, irreconocible. Un ebrio dormía profundamente, como un ángel,

en la escalera de un sótano. Al lado, en la vitrina de una tienda de modas, un formidable sol de cartón sonreía.

Vienes entonces desde mis entrañas
como un negro dulcísimo resplandor
así de golpe.

Un río de colores entre sombras
sombras que me deslumbran
colores que me ciegan
criaturas del alma.

Naces como una mancha voraz en mi pecho
como un trino en el cielo
como un camino desconocido.

Mas luego retrocedes te agazapas
y saltas al vacío
y me dejas al filo del océano
sin sirenas en torno
nada más que el inmundo el bellísimo azul
el inclemente azul
el deseo.

«Juguete del destino»

El negro me dio alcance.

—Give me a quarter.

—No hablo inglés, no tengo plata.

*La palma de su mano extendida era rosada y la
línea de la vida parecía un corte, una cicatriz que
se perdía bajo el puño deshilachado.*

—No entiendo.

—Give me money... Son of a bitch.

*Me alejé. Se quedó parado, con las piernas abiertas,
hundidas entre la nieve sucia, maldiciéndome.*

Al voltear la esquina encontré la plaza desierta.

«Tu débil hermosura»

Hedores y tristeza

devorando paraísos de arena
sólo este subterráneo perfume
de lamento y guitarras
y el gran dios roedor
y el gran vientre vacío.

(¿Cuál de tus rostros amo
cuál aborrezco?
¿Dónde nací
en qué calle aprendí a dudar
de qué balcón hinchado de miseria
se arrojó la dicha una mañana
dónde aprendí a mentir
a llevar mi nombre de seis letras negras
como un golpe ajeno?)

Había un sol débil sobre Washington Square, muy débil. Los árboles parecían alambres retorcidos y luego estirados a la fuerza; como si los hubieran puesto entre dos vidrios amarillos. Desde lejos me hacían pensar en delicadas columnas vertebrales de insectos. Bonita cosa: huesos de insectos. El bar que había frente a casa estaba cerrado con un inmenso candado negro. Me di cuenta de que era domingo.

Siempre amé lo confieso
tus paredes aladas transparentes
con enredaderas de campanillas
como en Barranco cuando niña
miraba a una pareja besarse bajo un árbol.

Tras la ventana adoraba mi fiebre
mi enfermedad llena de espejos
donde yo era todo a un tiempo
el árbol la caricia
la sombra que ocultaba el rostro de los amantes
y la tarde abriéndose como una fruta otoñal
sobre el acantilado a la izquierda
como para enseñarme que el crepúsculo
llega primero al lado del corazón.

Hogueras en un huerto
donde las horas danzaban sin prisa.
El minuto era eterno.
¡Qué misteriosas voces!
¿Por qué cantaban entonces?

*Esperé que cambiara la luz. Ningún auto venía. Sólo un ciclista
pasó cantando muy fuerte, con voz de tenor. Tenía anteojos, una
bufanda roja que flotaba, y la voz salía como humo de su boca.
La escuché hasta que se perdió, cada vez más delgada y clara, en
la larga y estrecha calle de depósitos clausurados.
La última palabra que escuché fue corazón. Era una canción de
Frank Sinatra.
La plaza continuaba desierta. Miento. Muy lejos, casi junto al
arco, exactamente entre la fuente y el arco, caminaba un ciego.
Me di cuenta de que era ciego porque llevaba un bastón blanco y
tenía el aire de no ir a ninguna parte. Me puse los anteojos para
ver bien al ciego. No me había equivocado, estaba dando vueltas
alrededor de la fuente.*

«En tu recuerdo vivo»

Desde lejos bajo el cielo del alma
donde nacen palabras que el amor ilumina
desde allí acostumbraba a cubrirtte de joyas
hiriendo tu invisible descolorido seno
con mis dardos de fuego.

Con qué dulzura apartaba
ese velo de lágrimas ausentes
y descubría tu apretada boca
imaginando tu risa
el alba frente al puerto
las gaviotas tu bienvenida
el sol recién nacido
y los viejos perfumes del mar.

Todo era tuyo en ese cielo
maderas roja sal y un abrazo

de negras cuerdas que el viento rasga sin prisa.
Y peces y estrellas y medusas
y alguna barca con un nombre de niña
y la isla nacida tras el salto del bufeo.

Crucé la calle y sentí que el cielo era más oscuro a mi derecha. A ese lado las torres más altas de Wall Street parecían dibujadas con carbón, en un solo plano gris lavado con delicadas manchas amarillas y rosas. Cuestión de óptica, parecían un decorado de teatro.

Sabía que estaban muy lejos y, sin embargo, me parecía también que se inclinaban peligrosamente sobre mi cabeza.

Las puertas de vidrio giraron y reflejaron todo: la plaza, el sol débil, las torres, el bar cerrado, el semáforo.

—Good morning Mrs. Szyszlo.

—Buenos días Joe.

—Nice weather!

—Sí, Joe. Es un lindo día.

Hoy prisionera en tu vértigo gris
dentro de ti
no sé si te amo o si aborrezco
el rosa exangüe de tu carne
tu degollado resplandor
el río de ojos muertos que jamás te posee
su polvorienta melodía de guijarros
el verano de frutas corrompidas
tus llagas sin cubrir
el negro milagro de tu frente
hinchada de vacío
mendiga que me acosas con el corazón en los dientes
acusándome del crimen cometido en sueños.
No sé si te amo o te aborrezco
porque vuelvo
sólo para nombrarte desde adentro
desde este mar sin olas
para llamarte madre sin lágrimas
impúdica
amada a la distancia

remordimiento y caricia
leprosa desdentada
mía.

VALS DEL ÁNGELUS

Ve lo que has hecho de mí, la santa más pobre del museo, la de la última sala, junto a las letrinas, la de la herida negra como un ojo bajo el seno izquierdo.

Ve lo que has hecho de mí, la madre que devora a sus crías, la que se traga sus lágrimas y engorda, la que debe abortar en cada luna, la que sangra todos los días del año.

Así te he visto, vertiendo plomo derretido en las orejas inocentes, castrando bueyes, arrastrando tu azucena, tu inmaculado miembro, en la sangre de los mataderos. Disfrazado de mago o proxeneta en la plaza de la Bastilla — Jules te llamabas ese día y tus besos hedían a fósforo y cebolla. De general en Bolivia, de tanquista en Vietnam, de eunuco en la puerta de los burdeles de la plaza México.

Formidable pelele frente al tablero de control; grand chef de la desgracia revolviendo catástrofes en la inmensa marmita celeste.

Ve lo que has hecho de mí.

Aquí estoy por tu mano en esta ineludible cámara de tortura, guiándome con sangre y con gemidos, ciega por obra y gracia de tu divina baba.

Mira mi piel de santa envejecida al paso de tu aliento, mira el tambor estéril de mi vientre que sólo conoce el ritmo de la angustia, el golpe sordo de tu vientre que hace silbar al prisionero, al feto, a la mentira.

Escucha las trompetas de tu reino. Noé naufraga cada mañana, todo mar es terrible, todo sol es de hielo, todo cielo es de piedra.

¿Qué más quieres de mí?

Quieres que ciega, irremediabilmente a oscuras deje de ser el alacrán en su nido, la tortuga desollada, el árbol bajo el hacha, la serpiente sin piel, el que vende a su madre con el primer vagido, el que sólo es espalda y jamás frente, el que siempre tropieza, el que nace de rodillas, el viperino, el potroso, el que enterró sus piernas y está vivo, el dueño de la otra mejilla, el que no sabe amar como a sí mismo porque siempre está solo. Ve lo que has hecho de mí. Predestinado estiércol, ciego de ojos vaciados.

Tu imagen en el espejo de la feria me habla de una terrible semejanza.

NADIE SABE MIS COSAS

(dedicatoria)

1

a ti capaz de desaparecer
de ser atormentado por el fuego
luminoso opaco ruin divino

a ti
fantasma de cada hora
mil veces muerto recién nacido siempre

a ti capaz de hacer girar la llave
de inventar el sol en un cuarto vacío

a ti ahogado en un océano de semejanza
náufrago de cada mañana
esclavo propietario de zapatos periódicos
algunos libros
tal vez padre o hijo
guardián de resecos jardines de aves de paso

a ti
observador de la tarde
infatigable lector del reloj del sueño
de la fatiga del tedio de la esposa
a nadie sino a ti

2

(cualquier hora del día)

en una hoguera extinguida
esa mujer sacrificada
cerraba los ojos y nos negaba la dicha de su agonía

3

y un perro una gota de lluvia una familia de paseo
como en un cuadro entraban para siempre en la memoria
una vuelta de tuerca y otra y otra un peldaño que cruje
siempre a la misma altura de la oscuridad
la dicha puede ser este brebaje oscuro el neón de las cinco
de la tarde la más esplendorosa verdad
así casi ciegos encontrando generosa como nadie la miseria
cruzando el muro invisibles
manos tan pálidas no han existido jamás en otras manos
ni tanto calor en tanto frío ni ojos tan llenos de otros
ojos contemplaron la tarde
y frente al mar negra ruina y portentosos círculos de bruma
rodeándonos
y el rojo lengua río perro mosca y la tarde la reina de desnudos
malvados brazos en su balcón de ceniza

4

(noche y descontento)

pitada cruel canción de ciego
la noche comienza a respirar
todo se aleja
todo se pierde

cárcel cine amarilla luna de farmacia
a las ocho a las nueve a las diez
convertido en un fantasma cruel besas a mil mujeres
acaricias sus senos para los otros
me das asco
y es esta náusea lo mejor de mi vida

5

(conversaciones insidiosas)

alguien dice tu nombre
—es un libro interesante habla de un héroe
anónimo por cierto
hay una estrella azul al fondo de mi vaso
inagotable estrella
debe brillar en tus ojos cada vez que la miro
cómo debes reír para los otros
tú cordero disfrazado de cordero
tú lobo a solas
tú atrocamente niño
—los bellos pensamientos señores
no ocultan el perfume de la carne
hemos de transpirar en los museos como bestias
sumisas bestias en su rincón de terciopelo
—Picasso por ejemplo...

6

(tell me the truth)

dime
¿durará este asombro?
¿esta letra carnal
loco círculo de dolor atado al labio
esta diaria catástrofe
esta maloliente dorada callejuela sin comienzo ni fin
este mercado donde la muerte enjoya las esquinas
con plata corrompida y estériles estrellas?

7

hila su imposible claridad nuevamente la envenenada
sonrisa solar

¿sientes el divino salivazo sobre la bestia sientes el
hedor de la rosa sientes mi corazón sobre el tuyo?
alguien escondió un ruiseñor de agujas en tu cuerpo
más tarde será tarde cuando la soledad invente lo mejor
nuevamente tus labios tus ojos las ruinas de tus caricias
el mar de mi pecho
la soledad «estrella de mis noches»
nadie sabe mis cosas

8

(pobres matemáticas)

cuando nada quede de ti ni de mí
habrá agua y sol
y un día que abra las puertas más secretas
más oscuras más tristes
y ventanas vivas como grandes ojos
despiertos sobre la dicha
y no habrá sido en vano que tú y yo
sólo hayamos pensado lo que otros hacen
porque alguien tiene que pensar la vida

EJERCICIOS

I

Un poema
como una gran batalla
me arroja en esta arena
sin más enemigo que yo

yo
y el gran aire de las palabras

II

miente la nube
la luz miente
los ojos
los engañados de siempre
no se cansan de tanta fábula

III

terco azul
ignorancia de estar en la ajena pupila
como dios en la nada

IV

pienso en alas en fuego en música
pero no
no es eso lo que temo
sino el temer inicio de la luz

sino el torvo juicio de la luz

HISTORIA

puedes contarme cualquier cosa
creer no es importante
lo que importa es que el aire mueva tus
labios

o que tus labios muevan el aire
que fabules tu historia tu cuerpo
a toda hora sin tregua
como una llama que a nada se parece
sino a una llama

ENCONTRÉ

No he buscado.

Por costumbre si escucho el canto de un pájaro

digo (a nadie) ¡vaya: un pájaro!

O digo ¿de qué color era?

Y el color no tiene en realidad importancia,

sino el espacio en que una inmensa flor sin nombre se mueve,

el espacio lleno de un esplendor sin nombre,

y mis ojos, fijos, sin nombre.

A ROSE IS A ROSE

inmóvil devora luz
se abre obscenamente roja
es la detestable perfección
de lo efímero
infesta la poesía
con su arcaico perfume

FÚTBOL

A Vicente y Lorenzo

juega con la tierra
como con una pelota

báilala
estréllala
reviéntala

no es sino eso la tierra

tú en el jardín
mi guardavalla mi espantapájaros
mi atila mi niño

la tierra entre tus pies
gira como nunca
prodigiosamente bella

TOY

made in japan
nunca hizo el amor bajo el limo
ni tiene el vientre verde y jabonoso de su estirpe

ni vivo ni muerto
este cocodrilo
me llena de lágrimas de cocodrilo

Falsas confesiones

SECRETO DE FAMILIA

soñé con un perro
con un perro desollado
cantaba su cuerpo su cuerpo rojo silbaba
pregunté al otro
al que apaga la luz al carnicero
qué ha sucedido
por qué estamos a oscuras

es un sueño estás sola
no hay otro
la luz no existe
tú eres el perro tú eres la flor que ladra
afila dulcemente tu lengua
tu dulce negra lengua de cuatro patas

la piel del hombre se quema con el sueño
arde desaparece la piel humana
sólo la roja pulpa del can es limpia
la verdadera luz habita su legaña
tú eres el perro
tú eres el desollado can de cada noche
sueña contigo misma y basta

ES MÁS VELOZ EL TIEMPO

estar en algo
alguna vez o siempre
piedra animal hombre
historia de un color
sombra veloz en mi pecho
el tiempo
el tiempo me acosa y me desdice
pregunto
en el aire escribo
con mi lengua escribo
con mis manos y pies escribo
con mis ojos

el amor
una ola enemiga me derriba
junto palabras contra palabras
no creo en nada de esta historia
y sin embargo cada mañana
invento el absurdo fulgor que me despierta
el límite de sombra
la conciencia
la trampa original
el sol arriba
la tierra abajo
al centro el viejo gesto
de un árbol que me agrade

con la inocencia de los árboles
la canción
que atraviesa la nube
las cosas
caminan bellamente hacia la muerte
la hora se deshace sola

lejos de todo
fulgor y destrucción
aire en la grieta
o grieta en el aire
ni piedra ni animal ni hombre

la flor señala el crimen
con callado rubor

nadie ni el mismo tiempo
se atreve a interrumpir al tiempo

LA JUSTICIA DEL EMPERADOR OTÓN

una mano sin nombre
pálida amarga mano de hombre

¿es la mano de dios señalando lo invisible?

es tarde
la frágil hierba ennegrece
no hay pájaros ni cielo

sólo un rostro más pálido que el aire

¿a quién ofrecen la cabeza del hombre?

PODERES MÁGICOS

No importa la hora ni el día
se cierran los ojos
se dan tres golpes con el
pie en el suelo,
se abren los ojos
y todo sigue exactamente igual

CONVERSACIÓN CON SIMONE WEIL

—los niños, el océano, la vida silvestre, Bach.

—el hombre es un extraño animal.

En la mayor parte del mundo
la mitad de los niños se van a la cama hambrientos.

¿Renuncia el ángel a sus plumas, al iris,
a la gravedad y la gracia?

¿Se acabó para nosotros la esperanza de ser mejores ahora?

La vida es de otros.
Ilusiones y yerros.
La palabra fatigada.
Ya ni te atreves a comerte un durazno.

Para algo cerré la puerta,
di la espalda
y entre la rabia y el sueño olvidé muchas cosas.

La mitad de los niños se van a la cama hambrientos.

—los niños, el océano, la vida silvestre, Bach.
—el hombre es un extraño animal.

Los sabios, en quienes depositamos nuestra confianza,
nos traicionan.

—los niños se van a la cama hambrientos.
—los viejos se van a la muerte hambrientos.

El verbo no alimenta. Las cifras no sacian.

Me acuerdo. ¿Me acuerdo?
Me acuerdo mal, reconozco a tientes. Me equivoco.

Viene una niña de lejos. Doy la espalda.
Me olvido de la razón y el tiempo.

Y todo debe ser mentira
porque no estoy en el sitio de mi alma.
No me quejo de la buena manera.
La poesía me harta.
Cierro la puerta.
Orino tristemente sobre el mezquino fuego de la gracia.

—los niños se van a la cama hambrientos.
—los viejos se van a la muerte hambrientos.

El verbo no alimenta.
Las cifras no sacian.

—el hombre es un extraño animal.

AUVERS-SUR-OISE

I

Nadie te va a abrir la puerta. Sigue golpeando.
Insiste.
Al otro lado se oye música. No. Es la campanilla del teléfono.
Te equivocas.
Es un ruido de máquinas, un jadeo eléctrico, chirridos, latigazos.
No. Es música.
No. Alguien llora muy despacio.
No. Es un alarido agudo, una enorme, altísima lengua que lame el cielo
pálido y vacío.
No. Es un incendio.

Todas las riquezas, todas las miserias, todos los hombres, todas las cosas
desaparecen en esa melodía ardiente.
Tú estás solo, al otro lado.
No te quieren dejar entrar.
Busca, rebusca, trepa, chilla. Es inútil.
Sé el gusanito transparente, enroscado, insignificante.
Con tus ojillos mortales dale la vuelta a la manzana, mide con tu vientre
turbio y caliente su inexpugnable redondez.
Tú, gusanito, gusaboca, gusaoído, dueño de la muerte y de la vida.
No puedes entrar.
Dicen.

II

Tal vez en primavera.
Deja que pase esta sucia estación de hollín y lágrimas hipócritas.
Hazte fuerte. Guarda miga sobre miga. Haz una fortaleza de toda la
corrupción y el dolor.

Llegado el tiempo tendrás alas y un rabo fuerte de toro o de elefante para liquidar todas las dudas, todas las moscas, todas las desgracias.
Baja del árbol.
Mírate en el agua. Aprende a odiarte como a ti mismo.
Eres tú. Rudo, pelado, primero en cuatro patas, luego en dos, después en ninguna.
Arrástrate hasta el muro, escucha la música entre las piedrecitas.
Llámalas siglos, huesos, cebollas.
Da lo mismo.
Las palabras, los nombres, no tienen importancia.
Escucha la música. Sólo la música.

III

A lo mejor eres tú mismo el tren que pita y se mete bajo tierra rumbo al infierno o la estrella de chatarra que te lleva frente a otro muro lleno de espejos y de gestos, endiablados gestos sin dueño y tú tras ellos, solo, feliz propietario de una boca escarlata que muge.
Pega el oído a la tierra que insiste en levantarse y respirar.
Acaríciala como si fuera carne, piel humana capaz de conmoverte, capaz de rechazarte.
Acepta la espera que no siempre hay lugar en el caos.
Acepta la puerta cerrada, el muro cada vez más alto, el saltito, la imagen que te saca la lengua.
No te trepes sobre los hombros de los fantasmas que es ridículo caerse de trasero with music in your soul.

IV

Porque ya no eres un ángel sino un hombre solo sobre dos pies cansados sobre esta tierra que gira y es terriblemente joven todas las mañanas.
Porque sólo tú sabes que hay música, jadeos, incendios, máquinas que escupen verdades y mentiras a los cuatro vientos, vientos que te empujan al otro lado, a tu hueco en el vacío, a la informe felicidad del ojo ciego, del oído sordo, de la muda lengua, del muñón angélico.
Porque tú gusano, ave, simio, viajero, lo único que no sabes es morir ni creer en la muerte, ni aceptar que eres tú mismo tu vientre turbio y

caliente, tu lengua colorada, tus lágrimas y esa música loca que se escapa de tu oreja desgarrada.

CANTO VILLANO
[1972-1978]

Ojos de ver

REJA

cuál es la luz
cuál la sombra

JUEGO

entre mis dedos
ardió el ángel

A LA REALIDAD

y te rendimos diosa
el gran homenaje
el mayor asombro
el bostezo

DESPUÉS

tras la rosa
sombra

NOCHE

vieja artífice
ve lo que has hecho de la mentira
otro día

IDENTIKIT

sí
la oscura materia
animada por tu mano
soy yo

TÀPIES

(puertas)

1

hombre en la ventana
mediopunto negro

ángel ciego o dormido

2

puerta con noche encima
abajo y dentro

3

ubre de yeso lágrima de yeso
pisada en el centro de la nube

4

como el mundo
puerta entre la sombra y la luz
entre la vida y la muerte

5

.. . .

el justo golpe
la mano la música de la mano
la rebusca en el fuego

Canto villano

JUSTICIA

vino el pájaro
y devoró al gusano
vino el hombre
y devoró al pájaro
vino el gusano
y devoró al hombre

CANTO VILLANO

y de pronto la vida
en mi plato de pobre
un magro trozo de celeste cerdo
aquí en mi plato

observarme
observarte
o matar una mosca sin malicia
aniquilar la luz
o hacerla

hacerla
como quien abre los ojos y elige
un cielo rebosante
en el plato vacío

rubens cebollas lágrimas
más rubens más cebollas
más lágrimas

tantas historias
negros indigeribles milagros
y la estrella de oriente

emparedada
y el hueso del amor
tan roído y tan duro
brillando en otro plato

este hambre propio
existe
es la gana del alma
que es el cuerpo

es la rosa de grasa

es la rosa de grasa
que envejece
en su cielo de carne

mea culpa ojo turbio
mea culpa negro bocado
mea culpa divina náusea

no hay otro aquí
en este plato vacío
sino yo
devorando mis ojos
y los tuyos

OYENDO A BILLIE HOLIDAY

no recuerdo en qué lugar
prefiero que del error
—tan parecido a la verdad—
se asome por una altísima ventana
 jamás abierta
el anhelante fantasma de hace diez años
y me diga su nombre
el oscuro zumbido
el aleteo
el santo y seña
la música

FLORES PARA EL OÍDO

en todas partes hay flores
 acabo de descubrirlo escuchando
flores para el oído
lentas silenciosas apresuradas
flores
para el oído

caminando por la calle
que un hombre rompe con un taladro
sentí el horror de la primavera
de tantas flores
 abriéndose en el aire
y cerrándose
de tantos ecos
 negros rizados pétalos
arrastrándose
 hasta el borde del mar de tierra
 recién abierto

sé que un día de estos
 acabará en la boca de alguna flor

CRUCI-FICCIÓN

de la nada salen sus brazos
su cabeza
sus manos abiertas
sus palmípedas manos
su barba redonda negra sedosa
su rostro de fakir

hecho a medias
un niño
un dios olvidadizo
lo deja sin corazón
sin hígado
sin piernas para huir
en la estacada lo deja
así colgado en el aire
en el aire arrasado de la carnicería

ni una línea para asirse
ni un punto
ni una letra
ni una cagada de mosca
en donde reclinar la cabeza

LADY'S JOURNAL

el ratón te contempla extasiado
la araña no se atreve a descender ni un
 milímetro más a la tierra
el café es un espectro azul sobre
 la hornilla
dispuesto a desaparecer para siempre

oh sí querida mía
son las siete de la mañana
levántate muchacha
recoge tu pelo en la fotografía
descubre tu frente tu sonrisa
sonríe al lado del niño que se
 te parece

oh sí lo haces como puedes
y eres idéntica a la felicidad
que jamás envejece

quédate quieta
allí en ese paraíso
al lado del niño que se te parece
son las siete de la mañana
es la hora perfecta para comenzar
a soñar
el café será eterno
y el sol eterno
si no te mueves

si no despiertas
si no volteas la página
en tu pequeña cocina
frente a mi ventana

PERSONA

el querido animal
cuyos huesos son un recuerdo
una señal en el aire
jamás tuvo sombra ni lugar

desde la cabeza de un alfiler
pensaba

él era el brillo ínfimo
el grano de tierra sobre el grano
de tierra
el autoeclipse

el querido animal
jamás cesa de pasar
me da la vuelta

LUZ CORRIENTE

la mañana es distinta
cada mañana
a veces son pájaros
demasiado ruidosos
apurados

otras veces es agua
delgada o gruesa
ilegible

otras
como pisadas
demasiado ligeras
egoístas

VA EVA

animal de sal
si vuelves la cabeza
en tu cuerpo
te convertirás

y tendrás nombre

y la palabra
reptando
será tu huella

CURRICULUM VITAE

digamos que ganaste la carrera
y que el premio
era otra carrera
que no bebiste el vino de la victoria
sino tu propia sal
que jamás escuchaste vítores
sino ladridos de perros
y que tu sombra
tu propia sombra
fue tu única
y desleal competidora

MONSIEUR MONOD NO SABE CANTAR

querido mío
te recuerdo como la mejor canción
esa apoteosis de gallos y estrellas que ya no eres
que ya no soy que ya no seremos
y sin embargo muy bien sabemos ambos
que hablo por la boca pintada del silencio
con agonía de mosca
al final del verano
y por todas las puertas mal cerradas
conjurando o llamando ese viento alevoso de la memoria
ese disco rayado antes de usarse
teñido según el humor del tiempo
y sus viejas enfermedades
o de rojo
o de negro
como un rey en desgracia frente al espejo
el día de la víspera
y mañana y pasado y siempre

noche que te precipitas
(así debe decir la canción)
cargada de presagios
perra insaciable (un peu fort)
madre espléndida (plus doux)
paridora y descalza siempre
para no ser oída por el necio que en ti cree
para mejor aplastar el corazón
del desvelado
que se atreve a oír el arrastrado paso
de la vida
a la muerte
un cuesco de zancudo un torrente de plumas
una tempestad en un vaso de vino
un tango

un tango

el orden altera el producto
error del maquinista
podrida técnica seguir viviendo tu historia
al revés como en el cine
un sueño grueso
y misterioso que se adelgaza
the end is the beginning
una lucecita vacilante como la esperanza
color clara de huevo
con olor a pescado y mala leche
oscura boca de lobo que te lleva
de Cluny al Parque Salazar
tapiz rodante tan veloz y tan negro
que ya no sabes
si eres o te haces el vivo
o el muerto
y sí una flor de hierro
como un último bocado torcido y sucio y lento
para mejor devorarte

querido mío
adoro todo lo que no es mío
tú por ejemplo
con tu piel de asno sobre el alma
y esas alas de cera que te regalé
y que jamás te atreviste a usar
no sabes cómo me arrepiento de mis virtudes
ya no sé qué hacer con mi colección de ganzúas
y mentiras
con mi indecencia de niño que debe terminar este cuento
ahora que ya es tarde
porque el recuerdo como las canciones
la peor la que quieras la única
no resiste otra página en blanco
y no tiene sentido que yo esté aquí
destruyendo
lo que no existe

querido mío
a pesar de eso
todo sigue igual
el cosquilleo filosófico después de la ducha
el café frío el cigarrillo amargo el Cienno Verde
en el Montecarlo
sigue apta para todos la vida perdurable
intacta la estupidez de las nubes
intacta la obscenidad de los geranios
intacta la vergüenza del ajo
los gorriónes cagándose divinamente en pleno cielo
de abril
Mandrake criando conejos en algún círculo
del infierno
y siempre la patita de cangrejo atrapada
en la trampa del ser
o del no ser
o de no quiero esto sino lo otro
tú sabes
esas cosas que nos suceden
y que deben olvidarse para que existan
verbigracia la mano con alas
y sin mano
la historia del canguro —aquella de la bolsa o la vida—
o la del capitán encerrado en la botella
para siempre vacía
y el vientre vacío pero con alas
y sin vientre
tú sabes
la pasión la obsesión
la poesía la prosa
el sexo el éxito
o viceversa
el vacío congénito
el huevecillo moteado
entre millones y millones de huevecillos moteados
tú y yo
you and me
toi et moi

tea for two en la inmensidad del silencio
en el mar intemporal
en el horizonte de la historia
porque ácido ribonucleico somos
pero ácido ribonucleico enamorado siempre

MEDIA VOZ

la lentitud es belleza
copio estas líneas ajenas
respiro

 acepto la luz
bajo el aire ralo de noviembre
bajo la hierba sin color
bajo el cielo cascado y gris
 acepto el duelo
y la fiesta

no he llegado
no llegaré jamás
en el centro de todo está el poema
intacto sol
ineludible noche

sin volver la cabeza
merodeo su luz
 su sombra
animal de palabras
husmeo su esplendor
su huella

 sus restos
todo para decir
que alguna vez estuve
atenta desarmada

 sola
casi en la muerte
casi en el fuego

CAMINO A BABEL

I

un alma sí un alma que anduvo por las ciudades
vestida de perro y de hombre
un alma de gaznápiro

pájaro errante que acostumbra anidar
a la intemperie a la hora precisa de
las catástrofes y de las grandes migraciones

pájaro de la urbe
pájaro de la cocina
escoria azul de la mañana que interrumpe
nuestras meditaciones nocturnas

un súbito un impensado un imperioso cacareo
de pajarraco solar encaramado en el árbol mañanero
que destila café instantáneo
y angustia

hiel áurea amarga conciencia ausencia
automática de dios inminencia de la mirada
extraña y delimitadora
orfandad amorosa

II

si yo encontrara un alma como la mía

eso no existe
pero sí la musiquilla dulzona y apocalíptica
anunciadora del contoneo atávico

sobre el hueco y el tembladeral

y la carne dormida

sobresaltada

mar perseguido mar aprisionado mar calzado

con botas de 7 leguas

7 colores 7 colores 7

cuerpo arcoiris

cuerpo de 7 días y 7 noches

que son uno

camaleón blanco consumido en el fuego

de 7 lenguas capitales

mar settimana

cuerpo orilla de todo cuerpo

pentagrama de 7 notas exactas

repetidas constantes invariables

hasta la consumación del propio tiempo

ergo

1 detén la barca florida

2 hunde tu mano en la corriente

3 pregúntate a ti mismo

4 responde por los otros

5 muestra tu pecho

6 da de tu mar al sediento

7 olvida

amén

III

pero sucede que llegó la primavera y decidimos echar abajo techos y paredes
sitio sitio para el cielo para sus designios dormimos con los animales a campo
raso juntos el uno sobre el otro el uno en el otro.
soledad infinita del amor bajo toda luz.
y desperté a la mañana siguiente con su cabeza sobre mis hombros ciega por
sus ojos blanca alucinata tutta.
a César lo que le pertenece y al cielo la espalda sacudida por el amor y el
temor y el tedio y la esperanza, etc.
pasó a toda máquina la primavera pitando
la casa estaba intacta ordenada por sus fantasmas habituales.
el padre en el sitio del padre la madre en el sitio de la madre y el caos
bullendo en la blanca y rajada sopera familiar hasta nuevo mandato.

IV

y sucedió también que
fatigados los comediantes
se retiraron hasta la muerte
y las carpas del circo se abatieron ante el viento
implacable
de la realidad cotidiana.
y si me preguntan diré que he olvidado todo
que jamás estuve allí
que no tengo patria ni recuerdos
ni tiempo disponible para el tiempo.

que a veces
me despierta una mirada
que ávidamente se traga la oscuridad
y que esos ojos azules son restos de alguna luz
restos de algún naufragio
signos del deseo
y de la agonía del deseo.

y que nosotros
los poetas los amnésicos los tristes

los sobrevivientes de la vida
no caemos tan fácilmente en la trampa
y que
pasado presente y futuro
son nuestro cuerpo
una cruz sin el éxtasis gratificante del calvario
y que no hay otra salida
sino la puerta de escape que nos entrega
a la enloquecedora jauría de nuestros sueños
nosotros o ellos
acertijo joker moneda perdida en el aire.
tibios temblorosos nonatos
sin estirpe ni prole
dispuestos siempre.

V

aquí un alto en la jornada al escoger una marcha militar un sorbo de cualquier
bebida gaseosa de preferencia cerveza cualquier necesidad física al aire libre
cigarrillos abandono y goma de mascar.

VI

y cuando ya
en el piso del vértigo
como una tórtola de ojos dulces y rojos
empollas
meciéndote en el andamio que cruje
qué puede importarte.
nada te toca
ni la nube cargada de eléctrica primavera
que envidiabas no hace mucho
ni el recuerdo satinado obsesivo
del pecho que te hechizaba desde lejos
ni los pregones callejeros
de la putañera fortuna
que te invitaba a bailar
algunas noches de ronda.

harta de timo y de milagros
de ensayar el trapecio hasta la parálisis
de la iniciación de cada día
de haberte tragado el sapo con la sopa
el sapo de la náusea pura
y el sapo de la náusea práctica
et alors.

ya no te queda nada
de los dones de las hadas
sino tu hipo melancólico
y tu ombligo pequeño y negro
que todavía no se borra
centro del mundo centro del caos y de la eternidad
como las líneas de tu mano
por donde corren ríos inmemoriales
y cataratas de tus ojos al firmamento
como única urdimbre de la realidad
oro de lágrimas
y grima del oro
y tu lengua de mil traiciones
cerrada y dulcísima
como un dátil o una aceituna.

como en las coplas de los ciegos
hay un relente obcecado de eternidad y miseria.

VII

ayúdame mantra purísima
divinidad del esófago y el píloro.

si golpeas infinitas veces tu cabeza
contra lo imposible
eres el imposible
el otro lado
el que llega
el que parte
el que entiende lo indecible

el santo del desierto que se traga la lengua
el que vuelve a nacer forzando a la madre
de su madre
el nadador contra la corriente
el que asciende de mar a río
de río a cielo
de cielo a luz
de luz a nada.

EJERCICIOS MATERIALES

[1978-1993]

ÚLTIMO POEMA DE JUNIO

Pienso en esa flor que se enciende en mi cuerpo. La hermosa, la violenta flor del ridículo. Pétalo de carne y hueso. ¿Pétalos? ¿Flores? Preciosismo bienvestido, muertodehambre, vaderretro.

Se trata simplemente de heridas congénitas y felizmente mortales.

Luz alta. Bermellón súbito bajo el que te despiertas de pie, caminando a ninguna parte. Pies, absurdas criaturas sin ojos. No se parecen sino a otros pies. Y además estas manos y estos dientes, para mostrarlos estúpidamente sin haber aprendido nada de ellos.

Y encima de todo y todas las cosas, sobre tu propia cabeza, la aterciopelada corona del escarnio: un sombrero de fiesta, inglés y alto, listo para saludar lo invisible.

Rojos, divinos, celestes rojos de mi sangre y de mi corazón. Siena, cadmio, magenta, púrpuras, carmines, cinabrios. Peligrosos, envenenados círculos de fuego irreconciliable.

¿Adónde te conducen? ¿A la vida o a la muerte? ¿Al único sueño?

La flor de sangre sobre el sombrero de fiesta (inglés y alto) es una falsa noticia.

Revelación. Soy tu hija, tu agónica niña, flamante y negra como una aguja que atraviesa un collar de ojos recién abiertos. Todos míos, todos ciegos, todos creados en un abrir y cerrar de ojos.

El dolor es una maravillosa cerradura.

Arte negra: mirar sin ser visto a quien nos mira mirar.

Arte blanca: cerrar los ojos y vernos.

Ver: cerrar los ojos.

Abrir los ojos: dormir.

Facilidades de la noche y de la palabra. Obscenidades de la luz y del tiempo.

Y así, la flor que fue grande y violenta se deshoja y el otoño es una torpe caricia que mutila el rostro más amado.

Fuera, fuera ojos, nariz y boca. Y en polvo te conviertes y, a veces, en imprudente y oscuro recuerdo.

Dulce animal, tiernísima bestia que te repliegas en el olvido para asaltarme siempre. Eres la esfinge que finge, que sueña en voz alta, que me despierta.

MALEVITCH EN SU VENTANA

1

ah mon maitre
me has engañado como el sol a sus criaturas
prometiéndome un día eterno todos los días

de lo inexacto me alimento
y toda el agua de los cielos es incapaz de lavar
esta ínfima y rebelde herida de tiempo que soy

polvo rebelde sí
con los cabellos de polvo desordenado
para siempre jamás por un peregrino pensamiento
persigo toda sagrada inexactitud

suave violencia del sueño
palabra escrita palabra borrada
palabra desterrada
voz arrojada del paraíso
catástrofe en el cielo de la página
hinchada de silencios

aquí el ojo comienza a desteñirse
a no ser
y la voz se quiebra inaudita
(alguien ha perdido definitivamente su balsa)

a la deriva sobre el océano
sopla el viento de la indiferencia
por la puerta entreabierta llega la aurora
más silenciosa y pálida que nunca

es el día sobreviviente con su carreta vacía
sigue brillando la lámpara penitente

pero no creo en su luz
ni compro la muerte con nombre de pez
ni es cierto que bajo su escama mortecina
dios nos contempla

2

sí señores
éste es otro día inevitable
en que me alimento de lo inexacto
de la monstruosa fruta que aletea
de la huella en el aire
del recuerdo
del azogue perdido en alguna alcantarilla
de lo irrecuperable que se acumula y agiganta
en afiebrados cristales
y cruza el aire como una llama
recién nacida

flamante cuerpo en pugna con el sol

la farsa diaria desaparece tras una mano
que enciende y apaga a voluntad
su propia luz

penitente claridad
arde el oscuro aceite de la conciencia
sobre esta mesa que es todo el mundo

al otro lado de la ventana
alguien ha resuelto el enigma
para entrar en la vida basta una puerta

el otro lado sigue igual
nada que la luz no atraviese y oculte
nada que no sea la antigua y sagrada inexactitud
que golpea maderos bate alas
e incendia gargantas y corazones

hoy me despierta
con su delgado resplandor abstracto la esperanza
la oscuridad del naufragio
se escapa como un gato por la ventana
y alguien vuelve
sí
alguien vuelve desvelado y sin prisa
con un pequeño rectángulo de eternidad entre las
manos

CASA DE CUERVOS

porque te alimenté con esta realidad mal
cocida
por tantas y tan pobres flores del mal
por este absurdo vuelo a ras de pantano
ego te absolvo de mí
laberinto hijo mío

no es tuya la culpa
ni mía
pobre pequeño mío
del que hice este impecable retrato
forzando la oscuridad del día
párpados de miel y la mejilla constelada
cerrada a cualquier roce
y la hermosísima distancia
de tu cuerpo

tu náusea es mía
la heredaste como heredan los peces la
asfixia
y el color de tus ojos
es también el color de mi ceguera
bajo el que sombras tejen sombras y
tentaciones
y es mía también la huella
de tu talón estrecho
de arcángel
apenas posado en la entreabierta ventana
y nuestra para siempre
la música extranjera
de los cielos batientes

ahora leoncillo
encarnación de mi amor

juegas con mis huesos
y te ocultas entre tu belleza
ciego sordo irredento
casi saciado y libre
como tu sangre que ya no deja lugar
para nada ni nadie

aquí me tienes como siempre
dispuesta a la sorpresa de tus pasos
a todas las primaveras que inventas
y destruyes
a tenderme —nada infinita— sobre el mundo
hierba ceniza peste fuego
a lo que quieras por una mirada tuya que
ilumine mis restos

porque así es este amor
que nada comprende y nada puede
bebes el filtro y te duermes
en ese abismo lleno de ti
música que no ves
colores dichos
largamente explicados al silencio
mezclados como se mezclan los sueños
hasta ese torpe gris que es despertar
en la gran palma de dios
calva vacía sin extremos
y allí te encuentras
sola y perdida en tu alma
sin más obstáculo que tu cuerpo
sin más puerta que tu cuerpo

así este amor
uno solo y el mismo con tantos nombres
que a ninguno responde
y tú mirándome
como si no me conocieras
marchándote
como se va la luz del mundo
sin promesas

y otra vez este prado
este prado de negro fuego abandonado
otra vez esta casa vacía
que es mi cuerpo
adonde no has de volver

SIN FECHA

A Kafka

Suficientes razones, suficientes razones para colocar primero un pie y luego el otro.

Bajo ellos, no más grande que ellos ni más pequeña, la inevitable sombra que se adelanta y voltea la esquina, a tientas.

Suficientes razones, suficientes razones para desandar, descaer, desvolar.

Suficientes razones para mirar por la ventana. Para observar la mano que cuenta a oscuras los dedos de otra mano.

Poderosas razones para antes y después. Poderosas razones durante.

La hoja de afeitar enmohecida es el límite.

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate.

No se retorna de ningún lugar. Y la regla torcida lo confirma sobre el aire totalmente recto, como un cadáver.

Y hay otras.

Palidez, sobresalto, algo de náusea.

Misterioso, obsceno chasquido del vientre que canta lo que no sabe.

La luz a pleno cuerpo, como un portazo. Adentro y afuera. No se sabe dónde.

Y las demás. ¿Existen?

Infinitas para la duda, evidentes para la sospecha.

Dejarse arrastrar contra la corriente, como un perro.

Aprender a caminar sobre la viga podrida.

En la punta de los pies. Sobre la propia sombra.

No más grande que ellos ni más pequeña.

Uno, dos, uno, dos, uno, dos, uno.

Uno atrás, otro adelante.

Uno atrás, otro adelante.
Contra la pared, boca abajo, en un rincón.
Temblando, con un lívido resplandor bajo los pies, no más grande que
ellos ni más pequeño.
Tal vez, tal vez la estancada eternidad que algún alma inocente confunde
con su propio excremento.

Malolientes razones en la boca del túnel.
Y a la salida.
A la postre tantas razones como cuellos existen.

Defenderse del incendio con un hacha. Del demonio con un hacha, de
dios con un hacha.
Del espíritu y la carne con un hacha.

No habrá testigos.
Se nos ha advertido que el cielo es mudo.

A lo más se escribirá, se borrará. Será olvidado.
Y ya no existirán razones suficientes para volver a colocar un pie y
luego el otro.
No obstante, bajo ellos, no más grande que ellos ni más pequeña, la
inevitable sombra se adelantará.
Y volteará la misma esquina. A tientas.

TERNERA ACOSADA POR TÁBANOS

podría describirla
¿tenía nariz ojos boca oídos?
¿tenía pies cabeza?
¿tenía extremidades?

sólo recuerdo al animal más tierno
llevando a cuestas
como otra piel
aquel halo de sucia luz

voraces aladas
sedientas bestezuelas
infamantes ángeles zumbadores
la perseguían

era la tierra ajena y la carne de nadie

tras la legaña
me deslumbró el milagro mortecino
la víspera el instinto la mirada
el sol nonato

¿era una niña un animal una idea?

ah señor
qué horrible dolor en los ojos
qué agua amarga en la boca
de aquel intolerable mediodía
en que más rápida más lenta
más antigua y oscura que la muerte
a mi lado
coronada de moscas
pasó la vida

EJERCICIOS MATERIALES

convertir lo interior en exterior sin usar el
cuchillo
sobrevolar el tiempo memoria arriba
y regresar al punto de partida
al paraíso irrespirable
a la ardorosa helada inmovilidad
de la cabeza enterrada en la arena
sobre una única y estremecida extremidad

lo exterior jamás será interior
el reptil se despoja de sus bragas de seda
y conoce la felicidad de penetrarse a sí
mismo
como la noche
como la piedra
como el océano
conocimiento
amor propio sin testigos

conocerse para poder olvidarse
dejarse atrás
una interrogación cualquiera
rengueando al final del camino
un nudo de carne saltarina
un rancio bocadillo
caído de la agujereada faltriquera de dios
enfrentarse al matarife
entregar dos orejas
un cuello
cuatro o cinco centímetros de piel
moderadamente usada
un atadillo de nervios
algunas onzas de grasa

una pizca de sangre
y un vaso de sanguaza
sin mayor condimento que un dolor
casi humano

el divino con parsimonia de verdugo
limpia su espada en el lomo del ángel más
próximo
como toda voz interior
la belleza final es cruenta y onerosa
inesperada como la muerte
bala tras el humo de la zarza

no es fácil responderse
y escucharse al mismo tiempo
el azogue no resiste
se hincha y quiebra la imagen
constelándola de estigmas

la ausencia es multitud
la soledad y el silencio
sorprenden al que evade la mirada
al ciego del alma
al que tiembla
al que tantea con talón mezquino
la grupa heroica y resbalosa del amor

así caídos para siempre
abrimos lentamente las piernas
para contemplar bizqueando
el gran ojo de la vida
lo único realmente húmedo y misterioso de
nuestra existencia
el gran pozo
el ascenso a la santidad
el lugar de los hechos

entonces
no antes ni después
«se empieza a hablar con lengua de ángel»
y la palabra se torna digerible

y es amable el silbo de los aires
que brotan quedamente y circulan
por nuestros puros orificios terrenales
protegidos e intactos
bajo el vellón sin mácula del divino cordero

santa molleja
santa
vaciada
redimida letrina

sólo la transparencia habita el ánima lograda
finalmente inodora incolora e insípida
gravedad de la nube enquistada en la grasa
gravedad de la gracia que es grasa perecible
y retorno y aumento de lo mismo y retiro en el arca
interior

que así vamos y estamos
que así somos
en la mano de dios

IDEAS ELEVADAS

sobre una escalera
tuve a dios bajo el martillo

combinación divina
el blanco el negro y el rojo de la sangre redentora
recién derramada

el crimen nos salva en estos trances
que nos obligan a trepar hasta el último peldaño

el vértigo nos acerca
la oscuridad nos protege
estamos cada vez más próximos

tenemos la lengua dura los devoradores de dios
de ese dios que crece cada noche
con nuestros pelos y uñas
de ese dios aplastable
perecible
digerible

iluminación o ceguera

clavar una mosca
con un solo golpe de hierro
en la pared más blanca

LA MUERTE VISTE A LA NOVIA

el pulgar de hielo
levanta el párpado
y coloca una gota de oscuridad

se agranda la noche
y cada párpado
es una parda medialuna

el aire vela
el hedor de la vida
deja intacto el perfil

brillan con otra luz
cabello y labio
calla el mar en su oído

y ahora el cuerpo entero
libre de viejas sombras
se alisa para el último amor

LECCIÓN DE ANATOMÍA

más allá del dolor y del placer la carne
inescrutable
balbuceando su lenguaje de sombras y brumosos
colores

la carne convertida en paisaje
en tierra en tregua en acontecimiento
en pan inesperado y en miel
en orina en leche en abrasadora sospecha
en océano
en animal castigado
en evidencia y en olvido

viendo la carne tan cerrada y distante
me pregunto
qué hace allí la vida simulando

el cabello a veces tan cercano
que extravía al ojo en su espesura
las bisagras silenciosas cediendo
lagrimeando tornasol
y esa otra fronda inexplorada
en donde el tacto confunde
el día con la noche
fresca hermosa muerte a la mitad del lecho
donde los miembros mutilados retoñan
mientras la lengua gira como una estrella

flor de carne carnívora
entre los dientes de carbón

ah la voz gangosa entrecortada dulcísima del
amor
saciándote saciándose saboreando el ciego
bocodo

bocado

los mundos los frágiles huesecillos del amor
ese fracaso ese hambre
esa tristeza futura
como el cielo de una jaula

la tierra gira
la carne permanece
cambia el paisaje
las horas se deshojan

es el mismo río que se aleja o se acerca
tedioso espejo con la misma gastada luna de
yeso
que se esponja hasta llenar el horizonte
con su roñosa palidez

merodean las bestias del amor en esa ruina
florece la gangrena del amor
todavía se agitan las tenazas elásticas
los pliegues insondables laten
reino de ventosas nacaradas
osario de mínimos pájaros

primavera de suaves gusanos agrios
como la bilis materna

más allá del dolor y del placer
la negra estirpe
el rojo prestigio
la mortal victoria de la carne

SUPUESTOS

el deseo es un lugar que se abandona
la verdad desaparece con la luz
corre – ve – y – dile

es tan aguda la voz del deseo
que es imposible oírla
es tan callada la voz de la verdad
que es imposible oírla

calor de fuego ido
seno de estuco
vientre de piedra
ojos de agua estancada
eso eres

me arrodillo y en tu nombre
cuento los dedos de mi mano derecha
que te escribe

me aferro a ti
me desgarras tu garfio carnicero
de arriba abajo me abre como a una res
y estos dedos recién contados
te atraviesan en el aire y te tocan

y sueñas sueñas sueñas
gran badajo
en el sagrado vacío de mi cráneo

CLAROSCURO

yo soy aquella
que vestida de humana
oculta el rabo
entre la seda fría
y riza sobre negros pensamientos
una guedeja
todavía oscura

o no lo soy aquí
sino en el aire nublado del espejo
mirada ajena mil veces ensayada
hasta ser la ceguera

la indiferencia el odio
y el olvido
en la fronda de sombras y de voces
me acosan y rechazan

la que fui
la que soy
la que jamás seré
la de entonces

entronizada entre el sol y la luna
entronizada
me contempla la muerte
en ese espejo
y me visto frente a ella

con tan severo lujo
que me duele la carne
que sustento

la carne que sustento y alimenta

al gusano postrero
que buscará en las aguas más profundas
dónde sembrar
la yema de su hielo

como en los viejos cuadros
el mundo se detiene
y termina
donde el marco se pudre

ESCENA FINAL

he dejado la puerta entreabierta
soy un animal que no se resigna a morir

la eternidad es la oscura bisagra que cede
un pequeño ruido en la noche de la carne

soy la isla que avanza sostenida por la muerte
o una ciudad ferozmente cercada por la vida

o tal vez no soy nada
sólo el insomnio
y la brillante indiferencia de los astros

desierto destino
inexorable el sol de los vivos se levanta
reconozco esa puerta
no hay otra

hielo primaveral
y una espina de sangre
en el ojo de la rosa

CRÓNICA

1

«a palos los mataré niños míos.» advierte, delira, musita, mientras sacude soleada melena y albiceleste gualdrapa. con leve mano descubre el seno por donde mana sólida vía láctea, llenando la noche del tiempo con dolorida luz redentora.

uno, dos, tres golpes en la piedra bastan y sobran. el alma se desnuda frente a la carne celestial. el ovillo de fuego rueda y el azar teje y desteje el lienzo original. tálamo de nieve para escribir con la primera sangre el nombre.

como todas las cosas la forma vendrá después.
ungida.

2

ábrete sésamo. papiro. página tras página ábrete. llena de sabor la memoria. así te lea yo. divino aderezo, sabia pizca de sal, así te lea. masticando un pálido mendrugo. así yo, una rata más bajo el firmamento crujiente de la bodega.

3

arriba hay ángeles barbados que preguntan al viento qué poseen bajo el azaroso cielo (a más de tierra entre las uñas y el estigma del ajo en el beso capitoso y marica).

4

gran creador el hambre inventa paraísos. los cerdos y los hijos de los cerdos se vuelven héroes. procrean, asesinan, procrean, los cerdos.

el pasado besa con furia sus lívidos traseros al viento. el océano se llena de guiños maliciosos. aquí y allá se abren y cierran flores de dudosa espuma. canto falaz de la lengua guisada a muerte viva.

ah famélicos glotones vencedores de sirenas.
¿qué dicen ellas, qué cantan en el oscuro tránsito del colon al vacío?

antes que ustedes otros, cruz en ristre, lágrimas negras como clavos. temor de dios y hambre.

5

numerados, entre dos páginas sus nombres son polvo amarillo en los dedos sigilosos del pobre pecador. pero allí están, juntos, marchitos, en el racimo que cae sin saciar labios ni preguntas.
adán y eva. noé. abraham, david y jesucristo.
rancias criaturas del museo del ánima.

6

un hogar seguro en el desierto. la sólida casa de la duda no tiene paredes. se llama así. solamente casa. solamente desierto. corral a la intemperie, noche infinita en la sentina del tiempo.

7

a diestra y siniestra potros y hogueras. cadenas, azufre y humo.
españa en indias por toda la compañía.
telón.

8

salud abuelo. baja la copa, abandona la nave y planta tu estandarte, tu verga estéril en el vinoso abismo. no es éste el primer viaje ni el último.

(hoy llueve fuego sobre la vieja bagdad.)

se viaja en la misma orca indigesta. ajonasados todos. sin tuétanos ni risa. hechos mierda. sólo mierda. arrodillada mierda sin sombra.

9

fiat lux. finalmente, después de incontables paradas, de muertes y desastres sin nombre llegamos sin memoria a la orilla. despertamos. alguien se arrastra bajo el sol y goza a nuestro lado. a lo lejos alguien canta.

¿llegamos?

(¿no veremos a este hombre? ¿a esta mujer no veremos? allí vienen alcanzándonos en el inminente futuro.)

10

pero ella, en su nube de lodo, ¿qué dice, qué advierte, qué musita?

«a palos los mataré niños míos, a palos los mataré.»

EL LIBRO DE BARRO

[1993-1994]

HUNDO la mano en la arena y encuentro la vértebra perdida. La extravío al instante. Sombra de marfil, desangrada. Mi padre sonríe. De este lado del mar la espuma es oscura. Huele a fiera me dice la pequeña amiga. El mar huele a vida y a muerte le respondo. Supongamos que es así.

La salud aferrada a la roca. Piedra sensible a la luz. El cazador carece de manos y de pies. Es ciego y desea. Y su deseo es el bosque bajo el agua, poblado de sexos en flor o de flores maestras que horadan el silencio con sus grandes picos rojos y lentos.

SEGURIDAD de lo cambiante. Columnas de polvo sostienen el cielo de la tarde. Desaparecen como un pensamiento demasiado intenso para durar. Eternidad circular, evasiva. Ahora más lejos, al poniente, fuego destinado a morir tiñe todo lo visible, lo vivo. También lo inerte, pero con menos esplendor. La noche confirmará este recuerdo.

Los días son iguales, las horas no. Calidades del tiempo inagotable y escaso. Uno y ninguno. El ojo mide como una araña su territorio. Fiebre bajo las hojas y nieve en el corazón. Hallar el frágil huesecillo de la estirpe al azar y perderlo.

LA mano de dios es más grande que él mismo.
Su tacto enorme tañe los astros hasta el gemido.
El silencio rasgado en la oscuridad es la presencia de su carne menguante.

Resplandor difunto siempre allí. Siempre llegando.
Revelación: balbuceo celeste.

Día cerrado es él. Dueño de su mano, más grande que él.

LA sangre del cordero africano es indeleble.

También las flores de labios prietos, sedientos.

A la mitad del campo agoniza semejante luz sin advertencia. Como un arpa del señor los huesos suelen llorar al son del viento. Destilan música los huesos, al son del hambre.

Ojos susurrantes se abren y cierran donde ni cal ni arena fueron sino edades y cenizas del corazón.

EL lugar bajo el árbol, huyendo del sol. Mirando a los dioses borrarse en el muro y a los hombres sangrar en el libro de barro. Sal en los labios y en los ojos la memoria desollada aproximándose a la ausencia ejemplar.

Entresueño bajo el árbol, en el paraíso desierto del vientre lastrado de visiones.

Miembros en flor. Pies de cinco manos, estrellas crucificadas y la testa que cruza la red como un astro instantáneo en el juego del ocaso.

Camino a las islas los pájaros no cantan. La historia de la historia es el mar. Ola sobre ola, plegándose.

PARADO, hablando como un dios, no siéndolo. Ni esa forma ni esa luz le pertenecen.

Hablando. Soy el dios de un cielo vacío como un huevo vacío. Mi piel el revés del cascarón donde la vida ardía.

Anótalo en tu libro. Yeso, oro, viejos ocre, luz vertical. Absurdo fuera no festejar este tesoro.

EL niño se miró al espejo y vio que era un monstruo. Misterios de la luz.
Según el cristal en que se mira nacer o morir. Las viejas imágenes se oxidan.

Al pelar un fruto abruma el misterio de la carne.
Los dientes rasgan un continente oscuro, los sentidos descubren la fragilidad
de cualquier límite.
Palpar la imagen, escuchar la sangre. Oír su sagrado perfume.

Eco tras eco desenterrar la infancia. Esperar con paciencia que el recuerdo
destile en nuestro oído su jerga de aguas negras.

LA respuesta frente a la noche de luna escasa y estrellas borrosas viene como un viento oscuro y revelador.

Ahora el cuerpo es un arco y la flecha el aliento que aspira su forma. El corazón del eclipse, el viaje y el negro esplendor de la música carnal allí adentro, en el hueso del alma.

¿QUÉ dice ese cuerpo inmóvil en su movimiento? Está solo. Lo otro es aire alrededor de la isla que danza.

Digo isla y pienso en mar. Digo mar y pienso en isla. ¿Son lo mismo?

Se suceden vacío continuo y plenitud sin nombre.

LENTOS círculos, infinitas islas en un mar interior que gira sin pérdida ni ganancia.

Llegar a eso. Al inexplicable balcón sobre la noche silenciosa y desvelada. Retroceder hacia la luz es volver a la muerte. El reloj vuelve a dar las horas perdidas.

LLEVAR la decrepitud como una flor. O como una corona. Es envidiable el otoño, la segura y hermosa dignidad con que se acuestan las hojas de los árboles sobre la tierra.

Es envidiable el invierno de esas latitudes donde la nieve y el silencio se parecen a la sabiduría que nos seduce por su ausencia de sombra.

POEMAS. Objetos de la muerte. Eterna inmortalidad de la muerte. Algo así como un goteo nocturno y afiebrado. Poesía. Orina. Sangre.

Muerte fluyente y olorosa. Gran oído de dios. Poesía. Silenciosa algarabía del corazón.

EL dolor entre dos paredes ya no es el dolor. Ponemos el día y la noche entre nosotros. Todo nos une y nos separa. Tanto olvido es otra vez descubrirse, evitarse, girar en redondo. Estrella invisible fuera de órbita. Órbita que fue o es la memoria. Lado de sombra, la memoria crece y se devora, y la luz está cerrada y vacía como un estuche inútil donde alguna vez algo brilló hasta consumirse.

Extrañeza de la propia mano, la que toco. La ajena mía. Eso existe. Zona inexplorada de la carne íntima. Otra tierra en la tierra. Eso en la soledad del cuerpo tendido bajo la noche.

ENTRE otras cosas dios está allí, sentado a la diestra de sí mismo. Confundida en el trébol su mano me salva de las llamas.

Dios está allí porque lo creo a imagen y semejanza mía. Pobre mujer de cabellos tristes que se quita la maldad a puñados y se lava mil veces y es ella misma la mancha indeleble en la hoja del cuchillo.

AMADO objeto mío. Antiguo amado objeto mío, desdeñado como pocos. En el aire, donde la razón y la locura se cruzan, hojas alucinantes de un árbol repentino que resuena como un animal condenado a vivir hacia adentro.

Mil pupilas en lo oscuro, estrellas inventadas, borradas y nuevamente encendidas en la noche más larga de un ser vivo que gime.

El amor es la tierra más frágil. En el origen del silencio el sílex castigado llora humanamente. Como un hombre. Como una mujer llora.
Danza lo inerte, lo informe se ilumina, el vacío procrea.
Descansa el eco.

EN una mano la locura, la tempestad. En la otra una piedra rigurosa, mortal.
Equilibrio sobre el hilo de araña segregando la salvación sobre el abismo.
De allí las alas, el aire, las plumas. El vuelo enterrado. El agujero del cielo
cielo, el firmamento del pozo y la raíz de siete brazos luminosos.

¿Por qué el número sustituyendo al ojo, multiplicándolo?
¿Por qué la ceguera del cielo?

El verbo anida excéntrico. Jamás en él. Pues todo centro es un camino errado
y eso es el verbo, ojo del centro abolido. Silencio.

Si esta línea viajara al infinito y se dilatara hasta convertirse en puro aire.

Si pudiera encontrar la puerta más estrecha. Un esguince, un guiño y reptar nuevamente sobre la arena. Súbita simiente, pez rey de la pezuña incipiente, cristalina, sin uñas, sin dientes, sin útero ni testículo. Sin agujero donde incubar memorias de la especie. Transparente tabernáculo abuelo de la entraña donde dormita el ojo ciego del ser.

Ángel novísimo, incapaz de cerrar los ojos que la velocidad ha desvelado. Cabellos al viento, aureola del vértigo. Manos – hélices – alas, y la bajada al légamo de una playa original y virgen.

DESPUÉS de la gran ola el aire se detiene. La gravedad reina. Se presienten leves, pequeñísimos navíos en el aire cada vez más frío de la tarde, suspendidos frente a un aparente destino. La partida y el límite confundidos.

Sin embargo, qué posibilidades e historias, cuántos sucesos inadvertidos. Cualquier cosa, casi nada, lo más oscuro del aliento, un asomo de tibieza en el entorno, se convierten en tabla de salvación.

Salvación de qué. Para qué. Cuándo. Férreo sinsentido. Celestial es el garfio de la carne en tránsito.

GOLPEASTE tres veces la campana vacía y nadie respondió.

El cerebro, la manzana, el corazón, eran la misma sombra muda y secreta sobre el césped infinito donde el amor se arrodilla a la espera del rayo que se curva, tajante, como otro cielo.

Nostalgia de los ausentes, de los ángeles varios.

Ellos, despojados del tiempo, se convierten en alusiva desnudez, en ausencia turbadora.

No es el reino de la voluntad o del deseo. Traducir el silencio es pretender hacer música donde ya no existen ni la garganta ni el oído humanos.

Traducir el silencio. Golpear tres veces la campana vacía. Que mane el agua mínima, que el dios exista y colme con mudo resplandor el antro imaginario.

Cordis. Corazón. Caverna húmeda, oscuridad azul.

UNA oreja de plata, recién mutilada, es la oyente luna recién nacida. Ni tú ni yo sabemos escuchar (esa música). Los huesos de la noche giran humanos y enamorados y allí está la diosa derribada o dormida, en un alto rincón, como una flor la carne recogida en el perfil puede abrirse para asombrarnos, para asombrarnos. Y luego, tal vez la piel más tersa y coloreada, el iris más oscuro y cerrado.

Ella, la luna naciente, ya agonizante.

ALREDEDOR de la misma mesa nos hemos sentado. Jamás juntos, es cierto. Pero el pan era el mismo y el mismo ese rancio sabor y el solitario apetito de encontrar y perder cada bocado.

No sé qué nombre darle a estas cosas.

El papel está sediento de lágrimas. El trazo resbala, oriental, distante. La tinta hace su ruta, inalterablemente mortal.

Un naufragio sin mar, sin playa, sin viajero.

Sólo la urgencia, el desvelo, la absurda esperanza.

PARA hacer esta casa mortal el barro de los sueños, harina de huesos para el pan y el agua como el linde entre lo que no es y lo que no será.

Elemental es el canto de la memoria, como el grano de arena que lacera y florece hecho carne irisada, fuego perecedero, arcano.

Todo esto y algo más en las entrañas del pez y en la sangre que brota por vez primera entre las núbiles piernas.

BASTA de anécdotas, viandante.

El mar se ha detenido. Hasta aquí tu vida, ha dicho. Y el cielo demasiado maduro ha inundado paredes y ventanas.

A grandes pasos se ha detenido llegando a todas partes y ha repetido lo mismo.

Hasta aquí —seda oscura y ripiosa su voz— tu vida, ha dicho. Ésas fueron sus letras.

EPÍLOGOS

CANTO VILLANO: VISLUMBRES DE LA TIERRA PROMETIDA

GONZALO PORTOCARRERO

El adjetivo villano sirve para (des)calificar algo como grosero, impropio, rústico; no tamizado por las reglas de la urbanidad. Esta (des)calificación se hace desde una supuesta defensa de la moralidad y el buen gusto. El villano es figurado como alegre y torpe, sin conciencia moral pues no está entre sus preocupaciones el quedar bien con los demás. El adjetivo señala que la vida en el campo, en villas, o comunidades muy pequeñas, produce una espontaneidad no educada, una sensualidad sin cultivo, de la que poco bueno puede esperarse. La expresión ha caído hoy en desuso pues esta conexión ha dejado de ser lo evidente que pareció. La ciudad está mucho más cuestionada. Pero este es ya otro tema. De otro lado, un canto es un decir entonado que expresa una intensidad emocional. El sonido del canto está sujeto a normas rítmicas que lo hacen agradable, musical.

Ahora bien, la expresión «canto villano» resulta perturbadora en cualquiera de los dos sentidos en que puede entenderse. Parece nombrar algo imposible. En efecto, como «canto-desde lo-villano», la expresión nos hace pensar que en el desconcierto (villano) puede surgir la armonía (canto). Los villanos solo pueden gritar o desafinar pues carecen de la educación y el gusto para elaborar y disfrutar de una música que valga la pena. En el segundo sentido de «canto-a-lo villano», la expresión sugiere que es posible rendir tributo a la torpeza y a la rusticidad. En cualquiera de los dos sentidos la expresión «canto villano» sería una suerte de oxímoron. Nombra la (im)posibilidad de la síntesis entre la espontaneidad gozosa y la armonía reflexiva.

Canto villano no es solo el título de un poemario y un poema, sino también el nombre que Blanca Varela escogió para englobar —en dos instancias editoriales— el conjunto de su poesía escrita^[1]. Es evidente que hablar desde lo villano, o rendirle tributo, son actitudes «políticamente incorrectas»: desafiantes de la moralidad pública que prescribe que lo villano es sinónimo de reprobable, de lo que no debería existir. O, en todo caso, de aquello que terminará por desaparecer si de veras lo ignoramos, si insistimos en la educación y las buenas maneras. Pero, nuevamente, he aquí que nuestra autora reivindica lo villano. Y lo hace desde la posibilidad de una música poco elaborada pero definitivamente intensa.

En realidad Blanca Varela reivindica lo villano en tanto lo resignifica. En efecto, usa la palabra para nombrar lo espontáneo, suspendiendo la carga descalificadora que pende sobre el término. Entonces lo villano designa lo impulsivo no (des)calificado. Eso que aparece de pronto y sin autorización. Eso que resulta sospechoso y aduanable. Eso que

es la gana del alma
que es el cuerpo

El «canto villano» es elevado y vulgar al mismo tiempo, es un decir que expresa un deseo profundo, oculto y misterioso. Es una presencia que aparece súbita, sin pedir permiso.

en mi plato de pobre
un magro trozo de celeste cerdo

Ese «[...] magro trozo de celeste cerdo» se le aparece al pobre como un maná caído del cielo. Hace posible saciar el hambre prosaico, corporal, con un alimento milagroso. En realidad ese «[...] magro trozo de celeste cerdo» es como una respuesta a una imploración. Desde la necesidad y el vacío, se clama por una vida plena. Y esa vida que se re-clama solo puede llegar desde la apertura a la posibilidad, desde la peligrosa aceptación de lo espontáneo. Propiciar lo misterioso no tiene garantías pues de su irrupción puede nacer tanto lo colmado y feliz, como lo voraz e insatisfecho. Permitirse la villanía es riesgoso pues equivale a abjurar de la represión, a *dejarse ser* sin saber lo que vendrá.

aniquilar la luz

o hacerla

hacerla
como quien abre los ojos y elige
un cielo rebosante
en el plato vacío.

Una deliberación hecha con los ojos abiertos, con conocimiento de causa, conduce a hacer la luz, a elegir un cielo rebosante incluso en el vacío. Si nos atrevemos a lo espontáneo se puede encontrar la luz y decidir por ella. Pero no se trata de la única posibilidad.

mea culpa ojo turbio
mea culpa negro bocado
mea culpa divina náusea

no hay otro aquí
en este plato vacío
sino yo
devorando mis ojos
y los tuyos

En esa suerte de espejo que es el plato vacío puede aparecer la culpa y el horror. En este caso abandonarse a lo espontáneo trae ese miedo que paraliza la libertad y que nos precipita en una insaciable voracidad. Ciega y flagelante.

La resignificación de lo villano en tanto que rudo y espontáneo, ligado al horror y a la esperanza requiere ser matizada a la luz de dos hechos. El primero es la ambivalencia de lo villano que es luz pero también oscuridad.

En la cuarta estrofa del poema «Canto villano» el verso «rubens cebollas lágrimas», puede leerse en alusión a lo artificioso pues las lágrimas producidas por la cebolla no son auténticas y, de otro lado, muchos asocian a Rubens con un arte banal y reiterativo, meramente esteticista, sin profundidad psicológica.

Entonces en la cuarta estrofa la esperanza de hacer la luz y elegir el cielo, es descalificada por superficial e ilusa. De la misma manera, en las estrofas

siguientes, los milagros son «negros» e «indigeribles». Y «la estrella de oriente», la que anuncia a los reyes magos el nacimiento de Jesús, está «emparedada», oculta, castigada. Finalmente el hueso del amor «tan roído y tan duro» está «brillando en otro plato». Pero tanto los milagros como la estrella de oriente y el hueso del amor, existen. Lo que sucede es que no son accesibles. De pronto la voz poética constata que todo aquello que permitiría hacer la luz está allí pero fuera de su alcance.

Los milagros, la estrella de oriente y el hueso del amor: se trata de nombres que designan lo misterioso y excepcional. Se trata de lo imposible que, sin embargo, existe. De aquello que nos hace falta, adonde apunta «[...] la gana del alma / que es el cuerpo». Entonces, inalcanzable, el «[...] magro trozo de celeste cerdo», la voz poética desfallece. Pero su situación es como la de Moisés y la tierra prometida. Le fue ofrecida y la llegó a ver, pero Moisés no pudo entrar en ella. Pero sí lo hicieron todos los que venían detrás de él.

CANTO VILLANO: UNA POÉTICA DEL HAMBRE

ETHEL BARJA

Blanca Varela llama «canto villano» a un corpus poético trabajado por más de cuarenta años de escritura. Nombra así a un imaginario diverso en sí mismo, de lenguaje austero y decir mordaz sobre la condición humana. El canto se localiza en la modestia de una villa con el deseo de remontarse a una enunciación elemental, cuya trayectoria enlaza verso y grito primigenio. La búsqueda de semejante expresividad obedece a una relación singular de la poeta con su quehacer literario. Varela afirmó que escribir era como las grandes pasiones: un pedido del cuerpo, del alma, de los sentidos^[1]. Escribir es, ante todo, una emanación inalienable del organismo, un modo de insertarse en la cadena de la vida y de la muerte, que es una sola:

Poemas. Objetos de la muerte. Eterna inmortalidad de la muerte.
Algo así como un goteo nocturno y afiebrado. Poesía. Orina.
Sangre.

Muerte fluyente y olorosa. Gran oído de dios. Poesía. Silenciosa
algarabía del corazón^[2].

Los versos no indican una simple comparación entre poema y organismo. Dan cuenta de una urgencia que los une y que nos conduce a pensar en las implicaciones del cuerpo en el acto de escritura^[3]. En su balance sobre la poesía hispanoamericana, Guillermo Sucre señala que la poesía moderna construye una respuesta a la represión y control del cuerpo, a través de un resurgimiento de una imaginación corporal y de los deseos, de un retorno a la naturaleza a través de la focalización en el erotismo como forma superior de sensibilidad^[4]. La escritura de Varela se distingue de este tipo de poesía en que no solo el cuerpo como deseo acude a sus versos, sino el cuerpo como lugar contradictorio de gozo y padecimiento: «más allá del dolor y del placer la carne/ inescrutable/ balbuceando su lenguaje de sombras y brumosos/

colores»^[5]. La óptica también es distinta, pues no es una escritura sobre el cuerpo, sino desde y con el cuerpo. De tal modo que más allá de significarlo, lo convoca a participar del poema como si la escritura fuera extensión suya. Esto indica que cuerpo y poema comparten un saber sobre los límites de lo material, ya que en los versos un signo no siempre es idéntico a sí mismo, y en el cuerpo toda permanencia es ilusoria. Asimismo, la escritura desde el cuerpo imprime en la poesía de Varela la necesidad del nombrar esa transitoriedad.

La demanda del cuerpo por la escritura no implica que se dé sin esfuerzo. Nada ocurre gratuitamente en la escritura, ni siquiera la luz. Al contrario, todo en ella es producto de un trabajo: «Hacer la luz aunque cueste la noche, aunque sea la muerte el cielo que se abre y el océano nada más que un abismo creado a ciegas. La propia voz respondiéndose con el fracaso de cada ola»^[6]. El poder de creación y destrucción del yo poético es altamente blasfemo. En efecto, el poema invoca una tortuosa recreación del pasaje bíblico: «Dijo Dios: “Haya luz”, y hubo luz»^[7]. No hay un verbo trascendente como primer motor del verso, ni existe una realidad esencial que alcanzar. El sustrato de la voz poética es la ausencia y sobre ella se erige como hacedora suprema. En este sentido, exento de elevación alguna, el «canto villano» es un modo de enunciar de y desde lo precario: «no hay otro aquí/ en este plato vacío/ sino yo/ devorando mis ojos/ y los tuyos»^[8]. Se trata de una poética del hambre que solo se entiende si exploramos la relación entre cuerpo y escritura en un contexto de privación de Dios. ¿Qué es ese «Gran oído de dios» que Varela invoca al mismo tiempo que a la poesía? Varela señaló en una ocasión que Dios era un vacío, algo que abandonó un espacio, donde quedó un agujero negro^[9]. Sin inclinarse al lamento, la voz poética incursiona en este lugar abandonado, con la única guía de su fascinación por la prodigalidad de lo ausente: «Danza lo inerte, lo informe se ilumina, el vacío procrea. Descansa el eco»^[10]. El ser figurado de ese vacío es el hambre que constituye el «canto villano». Los versos se levantan sobre un plato angustioso que es en sí mismo una pregunta acerca del porqué del hambre. En la conversación poética con Simone Weil leemos: «—Los niños se van a la cama hambrientos/-Los viejos se van a la muerte hambrientos//El verbo no alimenta/ Las cifras no sacian»^[11]. La escritura de Varela se sitúa en la tensión entre el pesimismo de Sartre que veía en el mal la prueba del absurdo de existir, y la fe de Weil en la ausencia de Dios como su forma de aparecer^[12]; dado que Varela se pregunta por Dios solo en cuanto ello le permite explorar la condición humana. Por eso el énfasis de su poesía en el cuerpo sufriente, condenado a una inmolación

inexplicable. Su sangre destila en ese oído, que sordo o no, es la orilla donde desemboca su canto.

El peligro del despojo que significa la privación de Dios nutre el decir poético. De tal modo que una extraña alquimia convierte el verso en el lugar donde se crean nuevas claridades. De ahí la potencia de anunciar «luz de día». Se trata de la luminosa conciencia de estar a la intemperie y abrirse camino en el abismo. La voz poética va, como Diógenes, con una lámpara en la mano en pleno día en busca de sí misma: «Un poema/ como una gran batalla/ me arroja en esta arena/ sin más enemigo que yo// yo/ y el gran aire de las palabras»^[13]. El yo tiene en el poema un prójimo y en él se busca. Cada poema de Varela es un espejo donde la voz sueña el encuentro consigo misma, la superficie donde se teje un parentesco inédito. Así, se desliza el secreto familiar: «soñé con un perro/ con un perro desollado»^[14]. Se despliega una confesión opaca que, aunque intenta develar, resguarda el enigma en su vocación de no decir: «tú eres el perro tú eres la flor que ladra/ afila dulcemente tu lengua/ tu dulce negra lengua de cuatro patas// [...] tú eres el desollado can de cada noche/ sueña contigo misma y basta»^[15]. Entre una máscara y otra, sea la de un perro o la de una flor feroz, el yo se reconoce como una herida inconmensurable que no puede ser igual a sí misma. Niega su tautología como una rosa que no es una rosa, sino su deterioro, su tránsito. El hallarse siempre de forma efímera e incompleta le muestra al sujeto la vulnerabilidad de ser enunciador y no poder enunciarse. Ante la distancia infranqueable, el yo se refugia en la falsa confesión con el fin de entender el mecanismo que lo desfigura.

La villanía de este canto corresponde a la naturaleza equívoca del lenguaje. A un desencuentro que no se sostiene en sus cualidades reproductivas, sino productivas. Cualidades que sustentan un tipo de relación entre las palabras y el mundo marcada por lo insaciable y la traición. Por esta razón, las modestas criaturas que habitan los versos de Varela no satisfacen ningún deseo. Despojadas de cualquier suntuosidad, se resisten a convertirse en mercancía; son más bien la vida hecha vianda pobre y la materialización de una arrolladora avidez. De tal suerte, la villanía trasunta una estética que busca dismantelar la confianza en el lenguaje, y levantar sospechas sobre una mimesis pasiva de la realidad. No porque sea tarea indigna o inútil, sino porque la relación entre realidad y poema descubre un núcleo impronunciable: «No he llegado/ no llegaré jamás/ en el centro de todo está el poema/ intacto sol/ ineludible noche»^[16]. Varela parece decirnos que las categorías que la poesía crea no son suficientes para cartografiar lo que existe. Del mismo modo el «canto villano», entendido como poética del hambre, no

sacia la visión, ya que se localiza en la inconmensurabilidad de lo visible: «Arte negra: mirar sin ser visto a quien nos mira mirar»^[17]. Como si el ejercicio material de la escritura poética de Varela consistiera únicamente en reconocernos como un ojo que palpa su ceguera. Como si la nigromancia poética desafiara la visión solo cuando «caídos para siempre/ abrimos lentamente las piernas/ para contemplar bizqueando/ el gran ojo de la vida/ lo único realmente húmedo y misterioso de/ nuestra existencia»^[18].

El «canto villano» cristaliza, entonces, en un hambre de dimensiones cósmicas. Solo en la carencia la voz poética se suma al susurro del mundo, a su decir que retorna hacia sí mismo tras bordear el vacío de la privación de Dios. Reconoce en sí misma el movimiento centrípeto de las criaturas y con ellas busca su ser histórico. Despojado de verdades últimas, el «canto villano» nos hace ingresar a un territorio claroscuro, donde accedemos al presentimiento del nervio temporal de una existencia encarnada: «la negra estirpe/ el rojo prestigio/ la mortal victoria de la carne»^[19].



NOTA FINAL

En esta tercera edición de *Canto villano. Poesía reunida, 1949-1994*, dos referencias pictóricas abren y cierran el volumen. Al inicio, un cuadro de Francisco de Goya y Lucientes titulado *Perro semihundido* trae a la memoria del lector —y al que no, informa— la que fue la imagen elegida por Blanca Varela para ilustrar la portada de la segunda edición de este libro, correspondiente al año 1996. Al final —justo antes de esta nota— se reproduce el cuadro *Man with Dog*, de Francis Bacon, probablemente, otra de las imágenes que en su momento Blanca Varela contempló para su uso en portada. En una entrevista del año 2001, Blanca Varela recordaba: «El perro para mí es un personaje importantísimo. Por eso para la portada de *Canto villano* [Fondo de Cultura Económica, 1996] elegí el *Perro semihundido* [...] de Goya. Dudé entre ese Goya y otro cuadro de Bacon, donde también había un perro. Bacon es un pintor que me impresiona muchísimo [...]. Siento que tiene que ver mucho con mi poesía» (véase la entrevista «Cada poema que escribo es el primero», en *ABC Cultural*, 25 de agosto de 2001, p. 3).

Ambas imágenes han encontrado su lugar en este libro en cuanto devienen clave poética en la obra de Blanca Varela, no así referencias cultas a la historia del arte [N. del E.].



BLANCA VARELA (Lima, Perú, 1926-2009). Poeta, ensayista, editora y periodista cultural. Cursó estudios de Letras y Educación en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fue miembro del comité de redacción de la famosa revista peruana *Amaru*, y directora de la filial peruana del Fondo de Cultura Económica entre los años 1974 y 1997. En reconocimiento a su obra poética, recibió el Premio Octavio Paz de Poesía (2001), el III Premio Federico García Lorca (2006) y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2007). En 2007 fue condecorada con la Medalla de Honor del Congreso de la República del Perú. Entre sus libros publicados destacan: *Ese puerto existe* (prólogo de Octavio Paz, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959), *Luz de día* (Lima, La Rama Florida, 1963), *Valses y otras falsas confesiones* (Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1972), *Canto villano* (Lima, editorial Arybalo, 1978), *Ejercicios materiales* (Lima, editorial Campodónico, 1993), *El libro de barro* (Madrid, ediciones del Tapir, 1993), *Canto villano [Poesía reunida, 1949-1994]* (México, Fondo de Cultura Económica, 1996), *Concierto animal* (Lima / Madrid, Peisa / Pre-Textos, 1999). Su obra ha sido traducida al alemán, francés, inglés, italiano, portugués y ruso.

Índice de contenido

Cubierta

Canto villano

A blanca — agradeciendo su Canto villano

Una visión lúcida y desencantada. Roberto Paoli

Blanca varela: la piedad incandescente. Adolfo Castañón

Ese puerto existe [1949-1959]

Puerto Supe

Las cosas que digo son ciertas

Una ventana

Los pasos

Carta

Fuente

La lección

El paseo

El observador

Mediodía

Divertimento

El capitán

Historias de Oriente

Primer baile

Destiempo

Luz de día [1960-1963]

Del orden de las cosas

Calle Catorce

Canto en Ithaca

Antes del día

Madonna

Plena primavera

Muerte en el jardín

En lo más negro del verano

Bodas

Parque
Epitafio
Así sea
Alba
Siempre
Frente al Pacífico
Vals
No estar
Palabras para un canto
Máscara de algún dios
Frente al Pacífico
Invierno y fuga
Alla Prima
Victoria

Valses y otras falsas confesiones [1964-1971]

Valses
[No sé si te amo o te aborrezco]
Vals del ángelus
Nadie sabe mis cosas
Ejercicios
Historia
Encontré
A rose is a rose
Fútbol
Toy
Falsas confesiones
Secreto de familia
Es más veloz el tiempo
La justicia del emperador Otón
Poderes mágicos
Conversación con Simone Weil
Auvers-sur-Oise

Canto villano [1972-1978]

Ojos de ver
Reja
Juego
A la realidad
Después
Noche
Identikit

Tàpies
Canto villano
Justicia
Canto villano
Oyendo a Billie Holiday
Flores para el oído
Cruci-ficción
Lady's Journal
Persona
Luz corriente
Va Eva
Curriculum vitae
Monsieur Monod no sabe cantar
Media voz
Camino a Babel

Ejercicios materiales [1978-1993]
Último poema de junio
Malevitch en su ventana
Casa de cuervos
Sin fecha
Ternera acosada por tábanos
Ejercicios materiales
Ideas elevadas
La muerte viste a la novia
Lección de anatomía
Supuestos
Clarooscuro
Escena final
Crónica

El libro de barro [1993-1994]
[Hundo la mano en la arena...]
[Seguridad de lo cambiante...]
[La mano de dios es más grande...]
[La sangre del cordero africano...]
[El lugar bajo el árbol...]
[Parado, hablando como un dios...]
[El niño se miró al espejo...]
[La respuesta frente a la noche...]
[¿Qué dice ese cuerpo inmóvil...?]
[Lentos círculos, infinitas islas...]

[Llevar la decrepitud como una flor...]
[Poemas. Objetos de la muerte...]
[El dolor entre dos paredes...]
[Entre otras cosas dios está allí...]
[Amado objeto mío...]
[En una mano la locura...]
[Si esta línea viajara al infinito...]
[Después de la gran ola...]
[Golpeaste tres veces la campana...]
[Una oreja de plata...]
[Alrededor de la misma mesa...]
[Para hacer esta casa...]
[Basta de anécdotas, viandante...]

Epílogos

Canto villano: vislumbres de la tierra prometida. Gonzalo Portocarrero

Canto villano: una poética del hambre. Ethel Barja

Nota final

Sobre el autor

Notas

Notas

[*] Carta inédita de Emilio Adolfo Westphalen a Blanca Varela, conservada por la poeta entre sus archivos personales. <<

[*] Prólogo a la primera edición de *Canto villano. Poesía reunida, 1949-1983* (FCE México, 1986). También reproducido, a modo de texto introductorio, en la segunda edición aumentada de *Canto villano. Poesía reunida, 1949-1994* (FCE México, 1996). <<

[*] Texto introductorio publicado en la segunda edición de *Canto villano. Poesía reunida, 1949-1994* (FCE México, 1996). <<

[1] Véase Octavio Paz, «Prólogo», en Blanca Varela, *Ese puerto existe y otros poemas*, México, Editorial de la Universidad Veracruzana, 1959. Y José Miguel Oviedo, «Blanca Varela en la persistencia de la memoria», en *Eco*, núm. 217, noviembre de 1979. <<

[2] Marco Martos, «Algunos poetas del Perú. La generación del cincuenta», en *Documentos de literatura*, núm. 1, abril - mayo - junio de 1993. <<

[3] Véase Carmen Ollé, «Poetas peruanas: Lima, Perú. ¿Es lacerante la ironía?», en *Márgenes. Encuentro y debate*, año VI, núm. 12, noviembre de 1994, pp. 11-16. <<

[1] En 1978, Blanca Varela publica en Lima, en la editorial Arybalo, el poemario *Canto villano*. Posteriormente, titula con igual nombre las dos ediciones de su poesía reunida, publicadas por Fondo de Cultura Económica en los años 1986 y 1996, respectivamente. <<

[1] Edgar O'Hara, *Tiene más de avispero la casa: poéticas de Blanca Varela*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007, p. 121. <<

[2] Blanca Varela, *Canto villano. Poesía reunida, 1949-1994*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 242. <<

[3] Esta visión del cuerpo es familiar a las bases epistemológicas del existencialismo a las que Varela estuvo expuesta durante su época parisina, cuando conoció a Jean-Paul Sartre y su entorno. Nos referimos a la concepción de la conciencia directamente conectada al cuerpo. Según Sartre la conciencia es el medio a través del cual el mundo se presenta ante sí mismo. De modo que al tocar un terciopelo lo hago existir para mi carne, pues el mundo siempre aparece ante un ser que está en medio suyo. Véase Jean-Paul Sartre, *Verdad y existencia*, trad. de Alicia Puleo, Barcelona, Paidós, 1996, p. 62. <<

[4] Guillermo Sucre, *La máscara, la transparencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 345-353. <<

[5] Blanca Varela, *Canto villano*, *op. cit.*, p. 216. <<

[6] *Ibid.*, p. 82. <<

[7] *Génesis*, 1,3. <<

[8] Blanca Varela, *Canto villano*, *op. cit.*, p. 169. <<

[9] Edgar O' Hara, *Tiene más de avispero la casa: poéticas de Blanca Varela*, *op. cit.*, p. 71. <<

[10] Blanca Varela, *Canto villano*, *op. cit.*, p. 245. <<

[¹¹] *Ibid.*, p. 149. <<

[12] Véase Simone Weil, *Gravity and Grace*, trad. de Emma Crawford y Mario von der Ruhr, Londres, New York, Routledge, 2003, p. 27. <<

[13] Blanca Varela, *Canto villano*, *op. cit.*, p. 131. <<

[¹⁴] *Ibid.*, p. 143. <<

[15] *Ibid.* <<

[16] *Ibid.*, p. 183. <<

[17] *Ibid.*, p. 198. <<

[18] *Ibid.*, p. 212. <<

[19] *Ibid.*, p. 218. <<

BLANCA VARELA



Canto villano

Poesía reunida, 1949-1994



Lectulandia